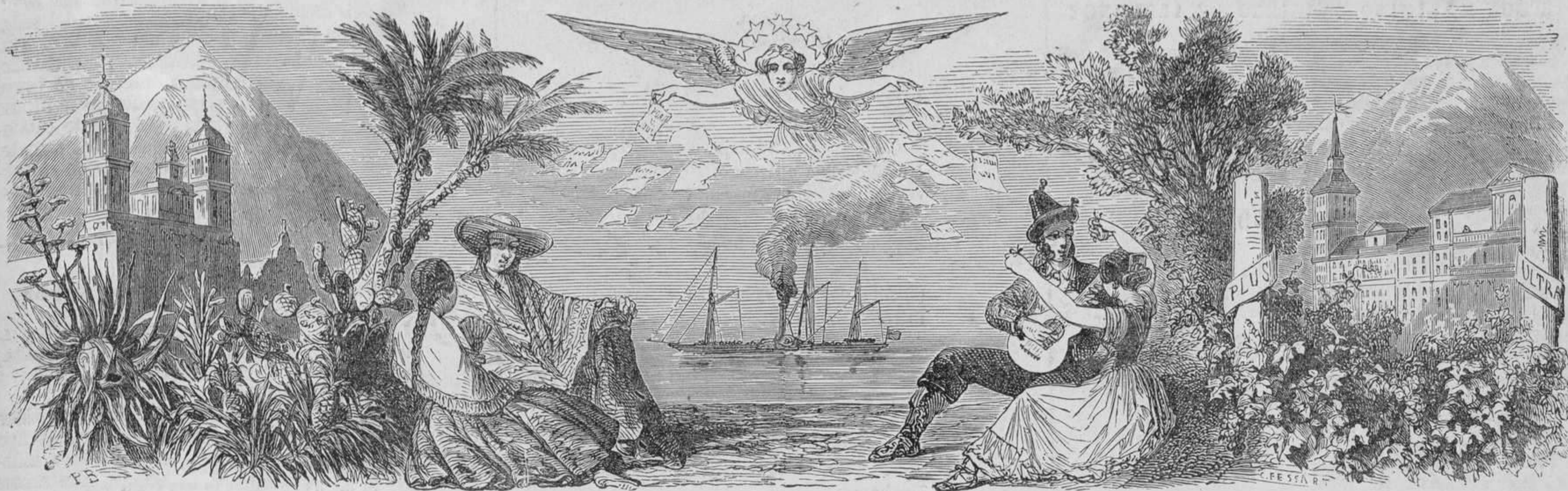


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — TOMO XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

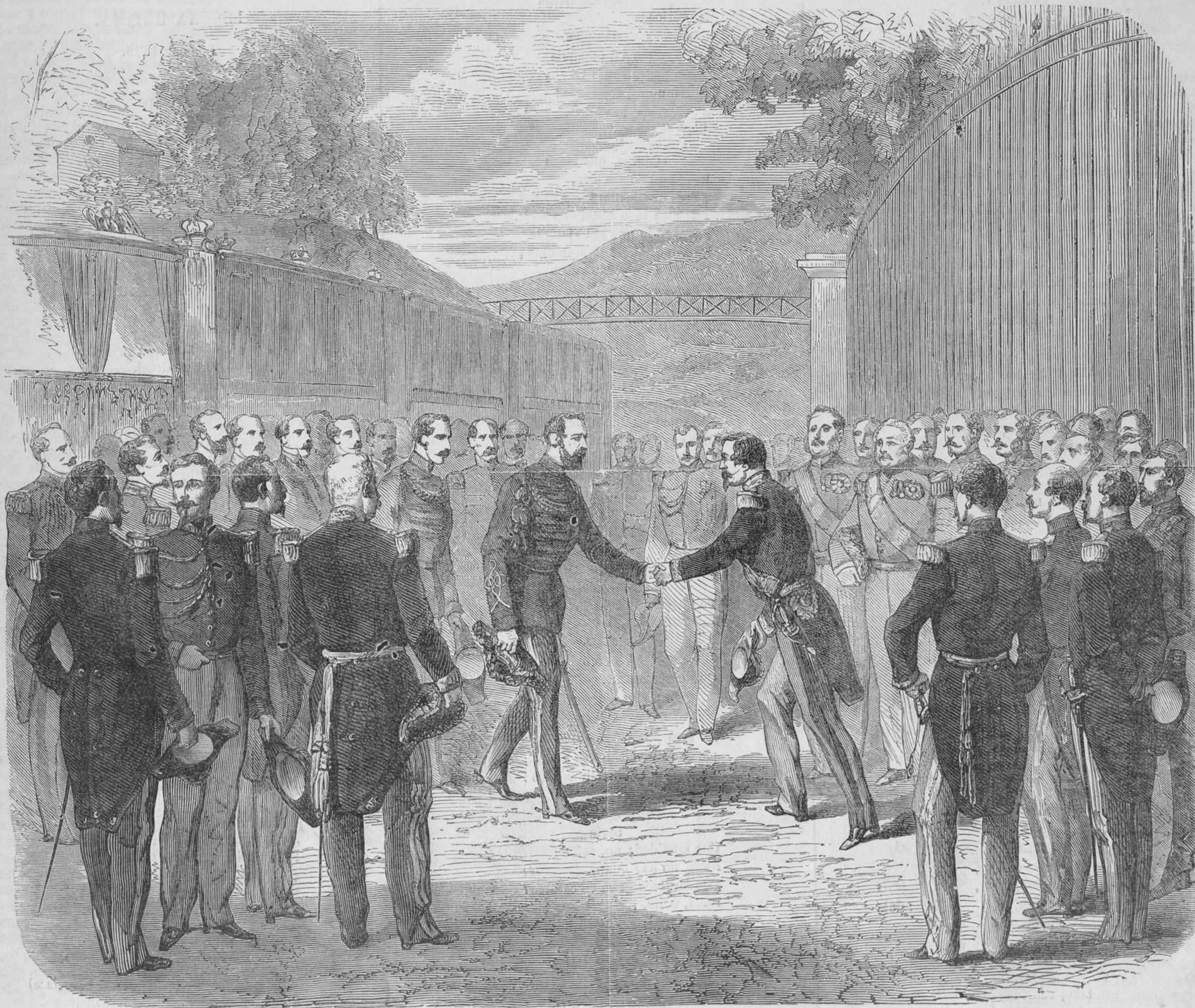
AÑO 20. — N° 451.

SUMARIO.

Llegada de S. M. el rey de Suecia á la verja del parque de Saint-Cloud; grabado. — El 15,700. — Revista

de Paris. — El rey de Suecia en Paris; grabado. — Los fuegos artificiales del Campo de Marte; grabado. — Tradiciones de América. — Exposicion de 1861; grabados. — Matilde de Wallenstein. — Apuntes de viajes. — Distribucion de premios en el liceo de Niza; grabado. —

Procesion en Furnes; grabado. — Francisco Beak; grabado. — Banquete dado por la colonia italiana en Constantinopla; grabado. — Todo mi corazon. — Bolivia. — Revista de la moda. — Setiembre; grabado.



LLEGADA DE S. M. EL REY DE SUECIA Y DE NORUEGA Á LA VERJA DEL PARQUE DE SAINT-CLOUD.

EL 15,700

PIEZA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO,
P R DON MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Conclusion.)

ESCENA XIX.

DICHOS, ISABEL por la derecha y LINO por el foro.
Ambos permanecen escuchando sin ser vistos.

ISABEL.
(¡Qué veo!)

LINO.
(¡Demonio! ¿qué es lo que miro?)

FRANCISCA.
Si papá...

IRENO.
Calla, cruel.

FRANCISCA.
Pero si yo te protesto...

IRENO.
Tú la quieres.

FRANCISCA.
Le detesto.

LINO.
(¡Magnífico!)

IRENO.
Calla, infiel.

Fementida, calla.

FRANCISCA.
¡Oh!

Yo te juro...

IRENO.
No me jures,
Que son traidoras cautelas:
Pronto olvidas las novelas
Que leímos.

FRANCISCA.
No te apures,
Primito; mi amor te guardo...

LINO.
(Aprieta)

ISABEL.
(Estoy divertida.)

IRENO.
Pronto tu pecho se olvida
De Eloisa y Abelardo.
Bien cumpliste el juramento.

FRANCISCA.
Mas si papá lo concierta,
¿Qué he de hacer?

IRENO.
Estar alerta;
No dar el consentimiento;
Ser firme; ser...

FRANCISCA.
¡Imposible!

¿No ves que nací mujer
Y soy débil? ¿cómo hacer
Resistencia tan terrible?
¿Cómo decirle á papá?...)

LINO.
(¡Angel de Dios!)

ISABEL.
(Pues no es corta.)

IRENO.
Si mi vida no te importa
Cásate con él. (hablan bajo)

LINO.
(Ya va.
Corriendo voy, desalado,
Con pasos locos perdidos,
A tomar los apellidos
De Borrego y Coronado.)

FRANCISCA.
¿No te convences?

IRENO.
¡Aparta!

FRANCISCA.
Tú quieres asesinarme.

IRENO.
Lo que quiero es suicidarme.

FRANCISCA.
Ireno, me tienes harta.

IRENO.
Mas no te pienses que yo,
A pesar de mi templanza,
Deje de tomar venganza. (llorando)

FRANCISCA.
¿Lloras, Ireno?

IRENO.
¡Ah!

LINO, remedándole.
(¡Oh!)

FRANCISCA.
¡Ireno!

IRENO.
Gózate.

LINO.
(Lino,
Mírate en tu propio espejo)

FRANCISCA.
¿Me vas á dejar?

IRENO.
Te dejo.
Mi sol declina y declino.
Que era mi sol la esperanza
Que en ser tu esposo tenía;
Y ya no hay sol, ya no hay día.

LINO.
(Miente, que sus rayos lanza
El rubio Apolo.)

IRENO.
En pedazos
Mi corazón se divide.

FRANCISCA.
Pero, ¿qué pretendes? pide.

IRENO.
Tus brazos...

FRANCISCA.
Toma mis brazos.

(Isabel y Lino avanzan á la escena al salir el marqués.)

ESCENA XX.

DICHOS: EL MARQUES.

MARQUES.
¡Perra! ¡tunante! ¿qué haceis?
¿No ves que mirando estaba
Tu futuro? (á su hija)

LINO.
Me extasiaba

Al verlos...

MARQUES.
¿Así ofendeis
A un padre como yo soy
Burlando mi confianza?

FRANCISCA.
Papá...

MARQUES.
Cállate, que lanza
Rayos mi cólera hoy.
¿Eres tú aquella Susana?...
¿Es esta casa aquel templo?...
¿Eres tú la que era ejemplo
De honestidad? La que ufana
Decía: «Me escandaliza,
Cáusame rubor, espanto,
Yo me aturdo, yo...» y en tanto...

¿Qué lástima de paliza!

FRANCISCA.
Yo estoy trémula... ¡piedad!

MARQUES.
Ahora en duda voy poniendo
Si lo que estabas diciendo
Era envidia ó caridad,
O fué admiración postiza.
¡Anda! que no quiero ver
En mi vida una mujer
Demasiado espantadiza.

FRANCISCA.
Papá...

MARQUES.
También contempló
Tu insensato devaneo
Esa señora...

ISABEL.
Yo creo
Que casándolos...

MARQUES.
¿Quién, yo?
No será por vida mía.
¡Pues estaría chistoso!...
Anda, don Lino es tu esposo:
Dale tu mano.

LINO.
Sería
Una crueldad; no, señor;
Nada, no hay que molestar:
¿Quién tiene prisa en casarse?
Nada, nada...

MARQUES, á su hija.
De furor
Estallo. Perversa, ingrata!

LINO.
Hombre... que no haya camorra.
Si usted me dió bata y gorra,

Fuera gorra, fuera bata. (se quita ambas cosas)
Tome usted: casi en ruina
Me puso, y hoy me deleito
En sacudirme del pleito...
Por no explotar esa mina. (por Francisca)
Seis acciones le compré
De otras minas, y eso tengo
De menos.

MARQUES.
Pues le prevengo...

LINO.
No hay miedo, las pagaré.
Por salir de los apuros
De este bodorrio famoso,
Daria yo muy gustoso...

MARQUES.
Son... seis mil ..

LINO.
Sí, seis mil duros.
Diez, doce, quince y aun veinte;
Que ya estoy achicharrado.
(dirigiéndose á Isabel)
Prima, perdona, he pecado;
Mas tu Lino se arrepiente:
Si me ha embaucado esa fea...

IRENO y FRANCISCA.
Deslenguado.

LINO, á ellos.
¡Zape! (á Isabel.) Yo
Si tú quieres... (alargando la mano)
ISABEL, rechazándola.
Eso no;
De otra mas digna lo sea.
No es usted quien yo he de amar
Ni quien ha de ser mi esposo.
Es otro; es... este.
(Viendo á Luis y corriendo hácia él.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS: LUIS.

LUIS.
Dichoso
I que esto viene á escuchar.
¡Oh! mi bien; tu dulce amor
Es nuncio de mi alegría.
— Señores, hoy de Almería
Me nombra gobernador
Su Majestad. — Isabel,
Tú vendrás conmigo allí.
¿No es cierto?

ISABEL.
Sí, es cierto, sí.

LUIS.
Siempre constante.

LINO.
Cruel,
¿Con que es decir que en mi ausencia
Labrásteis mi desventura?

LUIS.
¿Olvidas ya por ventura
Que tú me diste licencia?

LINO.
Dices bien, de mi bastarda
Ambición este es el fruto:
Este... merezco por bruto.
Que me pongais una albarda.

IRENO.
Tío...

FRANCISCA.
Papá...

MARQUES, á Lino.
Pues tan bien
La quieres, sigue tu estrella.
(dando un empujon á Ireno)
Anda, cástate con ella
Y Dios nos perdona.

TODOS.
¡Amen!

LINO.
Con que es decir que á la luna
De Valencia... ¡oh, qué tormento!
¡Ah, quince mil setecientos!
¡Ay, lotería importuna!
Me ha perdido mi fortuna;
Ganando soy quien perdió
Pues á Isabel pierdo yo;
Pero tengo la alegría
De que quien pierde á esa harpía
(señalando á Francisca)
Alguna cosa ganó.

Revista de París.

Día de mucho vispera de nada, como dice el proverbio. La semana última nos faltaba espacio para detallar tantas y tan solemnes fiestas como hemos tenido este año en París á mediados de agosto, y en la actual hé aquí que la crónica parisiense vuelve á caer en la mas implacable indigencia. ¿Qué decir de París cuando París está ausente? En el día las actualidades de la sociedad elegante es preciso buscarlas en las correspondencias de Baden, de Vichy, de Dieppe ó los Pirineos. Los artistas emigran con el mundo aristocrático, y si se quiere ver una comedia ó una ópera cómica bien representada, es preciso acudir á los teatros de los establecimientos termales, cuando no hay que atravesar las fronteras en direccion á Bélgica ó Alemania. ¿Qué nos queda en París? El concierto Musard, el Circo de los Campos Eliseos, el Hipódromo y los bailes del parque de Asnieres. Poca cosa en verdad, mas sin embargo, debemos contentarnos con ello.

El Hipódromo está en moda este año; cada día su director nos ofrece algo nuevo. El juéves pasado Henry, un discípulo de Blondin, que sea dicho entre paréntesis continúa en Londres trabajando como antes de su caída, ha obtenido grandes aplausos, así como los gimnastas ingleses Williams y Runsel. El domingo próximo saldrá por primera vez un discípulo de Leotard, M. Delacroix, jóven de buena familia y rico, que quiere exponer su vida y su fortuna por lucir sus habilidades en el trapecio.

¿Para qué no se encuentra gente en esta inmensa población? Ahora vamos á tener aficionados á las glorias gimnásticas en vista de los triunfos de Leotard, como ya los tenemos á caminar por los aires con los aeronautas.

Días pasados el célebre Luis Godard se elevó en su globo del Hipódromo con un compañero de viaje, que era el conde de San Martin.

— ¿Adónde iremos á parar? preguntó el conde al atrevido aeronauta que mas de mil veces ha cruzado ya los espacios, y se aventura en ellos como nosotros en los ferro-carriles.

Godard habia echado una mirada al horizonte y examinado la direccion del viento.

— Señor conde, podemos ir á una fiesta, si gustais.

— Vamos pues; ¿y dónde está esa fiesta?

— En el parque de Asnieres.

— Muy bien; ¿tardaremos mucho?

— Tres cuartos de hora no mas.

El conde dirigiéndose entonces á los amigos que le cercaban, les dijo:

— Dentro de tres cuartos de hora en el parque de Asnieres.

Los amigos se apresuraron á tomar sus carruajes.

El globo salió del Hipódromo á las cinco y media, y una hora despues caia lentamente en el parque de Asnieres.

Los viajeros se pusieron á comer, y en lugar de quedarse en la fiesta del parque, volvieron á elevarse de nuevo á eso de las ocho.

La noche estaba magnífica; hacia tan poco viento que el globo subió con mucha lentitud en presencia de una crecida muchedumbre de curiosos. A las diez los dos viajeros bajaron en Sarcelles á pocas leguas de París despues de una deliciosa travesía aérea.

De otro viaje de tanta ó mayor exposicion que el del conde de San Martin tenemos que hablar ahora. Este es un viaje por un mundo fantástico que ha estado á punto de costar la vida á un viajero que no se ha movido de su cama.

Para combatir una enfermedad de garganta que padece el coronel M..., su facultativo le habia ordenado unas fumigaciones aspirando el vapor de una fuerte decoccion de belladona.

El coronel entregó su receta al ayuda de cámara, y este le entró en su cuarto á eso de las diez de la noche una tetera que contenia la decoccion, de la que preparó una taza como habria hecho con el té ordinario.

Ocupado en escribir el coronel sin acordarse de la fumigacion ordenada, tomó la taza entera que saboreó con gusto, y poco rato despues tomó otra taza antes de acostarse.

A eso de la una de la mañana se despertó con un fuerte dolor en la garganta, así como en el estómago y en el abdomen; y suponiendo que este desórden era efecto de una indigestion, saltó de la cama, y con la intencion de promover vómitos, se bebió de un sorbo todo cuanto quedaba de la infusion de belladona.

Al punto el coronel cayó en un sueño de plomo, del que viene á salir al otro día para ser juguete de las mas extrañas alucinaciones; despues se declararon los síntomas de un envenenamiento.

Al pronto se creyó en un crimen; pero los reconocimientos que se practicaron, no tardaron en establecer de un modo cierto todos los hechos como los acabamos de contar, y una medicacion energética salvó al enfermo de una catástrofe inminente.

Lo mas curioso en este asunto es que el coronel habia conservado la memoria de todas sus sensaciones, que ha consignado por escrito.

Mas bien aletargados que paralizados, dice el coronel, mis sentidos se despertaron progresivamente á eso del medio día, pero unos detrás de otros, lo que produjo en mí desórdenes de imaginacion sucesivos.

Verbigracia: al verme en mi cama tendido de otro modo, como uno de mis amigos que se habia roto una pierna, y al lado del cual acababa yo de pasar unos días, me imaginé que era yo ese amigo, y dominado por esta idea daba á cada uno de los que me rodeaban los nombres de las personas que habian cuidado á aquel amigo.

A una de estas personas la llamaba mi madre, y la tranquilizaba sobre mi estado diciéndole (como lo hacia mi amigo) que me sentia con el valor suficiente para pasar seis semanas en el lecho.

A otro le ordenaba diferentes cosas sobre el interior de la

casa (de mi amigo); y así que me movian un poco me asustaba pensando que iban á trastornar el aparato de mi pierna.

Pero ¡cuán grande no fué mi asombro cuando al pasarme la mano por la pierna advertí que no existia semejante aparato!

A eso de las dos se operó en mi vista un cambio singular. Todo cuanto veia me encantaba; las personas que se acercaban á mí eran hermosísimas á mis ojos.

Una pobre anciana de mas de sesenta años que me trajo una bebida, me apareció de repente como la beldad mas completa del mundo.

A la frescura que yo observaba en su semblante, reunia una perfecta elegancia, y el talle mas fino y delicado de la mujer mas esbelta apenas podia compararse con el suyo. Su mano suave y torneada llamaba de tal modo mi atencion que repetidas veces quise besarla. (El talle corto y rechoncho de la pobre mujer, así como sus manos callosas por el trabajo, se hallaban en perfecto contraste con todo lo que á mí me parecia en aquel momento.)

Continuando en el mismo estado de alucinacion, mis ojos deslumbrados con el esplendor del papel que forraba las paredes de mi aposento, creyeron distinguir que se abria todo el lienzo de pared que daba frente á mi cama.

Entonces aparecieron muchos individuos diminutos que yo creia movidos por algun ingenioso mecanismo, y así que cada uno de ellos habia concluido de hacer sus evoluciones, la pared se cerraba.

Estas apariciones se repitieron varias veces, y yo me explicaba con toda claridad los medios que habia debido emplear el hábil autor de aquel prodigioso trabajo para llevar á buen término su obra.

Otro objeto vino mas especialmente á llamar mi atencion, y era el reloj que estaba sobre mi chimenea. Aunque este reloj carecia de todo adorno, pues era de un estilo severo, me parecia que contenia un mecanismo muy complicado.

En el momento en que le contemplaba detenidamente creí ver que se abria, y luego noté tres ó cuatro autómatas que ejecutaban una pantomima cuyo argumento adivinaba; sus movimientos eran expresivos y naturales.

Un amigo mio, el general L..., entró en el momento de aquella vision.

Yo me apresuré á describirle lo que veia, y lo hice en términos precisos, en expresiones correctas, empleando las palabras técnicas (que yo ignoraba), y uniéndole á estos detalles los cálculos sobre las fuerzas motrices, el número de dientes que cada rueda debia tener, etc., etc.

El general me aseguró despues, que cuando hablaba yo se figuraba estar oyendo á un hombre dotado de vastos conocimientos en mecánica.

La luz que hirió mis ojos, sobre todo cuando daba en el espejo, se reflejaba al infinito y me aparecia como una brillante iluminacion de todo el bosque de Boulogne. Me figuraba que tenia delante un cristal por el cual veia un jardín resplandeciente, y las personas que pasaban junto á mi lecho me parecian engalanadas como para una gran fiesta.

El coronel tuvo otras mil visiones á cual mas extraordinarias, hasta que al salir de este viaje por los mundos imaginarios, cayó en un estado soporífico que le habria conducido á la muerte sin los enérgicos remedios á que debió su salvacion.

Debemos á nuestros lectores el desenlace de una causa célebre, la que ha sido entablada contra el baron de Vidil, acusado de haber herido con premeditacion á su hijo Alfredo, causa que ha sido fallada por el tribunal criminal de Londres en su audiencia del 22 de agosto.

Desde que fué preso, el baron de Vidil ha sostenido que el crimen que se le achaca carece de todo fundamento. Hé aquí cómo cuenta lo que sucedió:

El día del suceso, dice, su hijo y él se hallaban en las mejores relaciones. El baron anunció en el camino á su hijo que comerian en Hampton, pero el jóven se negó á ello sin saber por qué, y esta negativa le desagradó mucho.

Sin embargo, nada de particular acaeció hasta que llegaron á una alameda, donde sin querer ó queriendo el hijo tocó al padre fuertemente con el látigo, lo que produjo en él una irritacion que le cegó hasta el punto de descargar dos tremendos golpes con el mango en la cabeza del jóven, sin que por esto hubiese podido creer que le habia herido de gravedad.

Cuando Alfredo Vidil le acusó de haber cometido contra su persona una tentativa de asesinato, se imaginó que lo único que pedia á la justicia era que amonestase á su padre para que en lo sucesivo no se entregara á tales actos de violencia.

El hecho le pareció tan insignificante, que sin hacer el menor caso de él se vino á París; pero en cuanto supo en esta capital la gravedad de la acusacion que sobre él pesaba, se apresuró á marchar á Londres para responder de todo personalmente.

Como ha habido tanta inexactitud en lo que se ha dicho sobre los bienes del hijo y sobre el interés que guiaba al padre, parecemos oportuno exponer la verdad en punto á esto.

Parece ser que en virtud del contrato matrimonial de Susana Jakson, la difunta baronesa, con el baron de Vidil, se habia entregado una suma de 20,000 libras esterlinas á unos fideicomisarios que debian pagar el rédito de esta cantidad á la baronesa mientras viviera, y despues de su fallecimiento á su esposo. En los capítulos matrimoniales se decia además que á la muerte del baron las 20,000 libras se entregasen á los hijos de este matrimonio cuando cumplieren veinte y un años de edad por partes iguales, y en el caso de no haber hijos, á Sara Jakson, hermana de la difunta ó á su familia.

Relativamente á otra suma de dinero, en la que se creia tenia el baron una parte, parece ser que por un testamento y un codicilo de M. John Jakson, padre de la baronesa, se habian legado de ella á Alfredo de Vidil 10,000 libras que debian entrar en su posesion al cumplir la mayor edad.

Ya sabemos que Alfredo de Vidil, aunque en un principio habia declarado bajo su firma todos los pormenores de la

tentativa de asesinato de que acusaba á su padre, se negaba á reproducir su declaracion encerrándose en un sistema de silencio absoluto.

En la vista de la causa, el 22 de agosto ha persistido en su sistema á pesar de las requisiciones del juez, quien ha juzgado conveniente castigarle con un mes de encierro en la cárcel de la Reina por haberse negado á dar satisfaccion á la ley prestando el testimonio que se le exigia.

El fiscal no ha estado bien explícito en cuanto al móvil que armó la mano del baron de Vidil contra su jóven hijo; no dice positivamente que en la tentativa criminal á que ha cedido, su único fin era quedarse en posesion de la fortuna que no le pertenecia, pero sí cree que este motivo no le ha sido enteramente extraño como se asegura.

M. Ballantine ha hecho una brillante defensa del baron. «No hay premeditacion ni cálculo hasado en el interés, dijo. Yo habria deseado que el hijo del baron, en lugar de llamar hácia sí una especie de interés novelesco negándose á declarar en la audiencia, hubiese repelido palabra por palabra y sin énfasis su deposicion escrita. Este incidente es mas perjudicial al baron que toda declaracion sencilla, aun repetida veinte veces. Se ha hablado de un látigo con el cual el padre habria herido á su hijo, y se ha olvidado una sola cosa, el presentar aquí ese látigo como pieza de conviccion. ¿Porqué no se ha representado aquí el hotel del Cisne? Si el baron hubiese tenido el proyecto de matar á su hijo, ¿de buena fe se puede creer que habria elegido semejante teatro para el crimen? El baron no es un idiota ni un loco, y si hubiese tenido la idea de matar á su hijo, no habria elegido un camino real para poner en ejecucion sus designios criminales.»

Declarada su culpabilidad «por heridas ilegales» el baron de Vidil es condenado á doce meses de encierro con trabajo forzado, que sufrirá en la casa de correccion de Cold-Bath-Fields, donde los penados, dice el Sun, se ocupan en recoger estopas y en hacer dar vueltas á los molinos. El baron será tratado como los demás detenidos.

Hé ahí el resultado de la famosa causa que tanto en Francia como en Inglaterra ha llamado altamente la atencion pública durante algunas semanas.

MARIANO URRABIETA.

El rey de Suecia en París.

LA REVISTA DEL 9 DE AGOSTO. — FIESTAS Y VISITAS. — LA MARCHA Á CHERBURGO.

Como dijimos oportunamente á nuestros lectores, el rey de Suecia y de Noruega llegó á París dirigiéndose en derecha al palacio de Saint-Cloud, donde salió á recibirle el emperador á la verja del parque, como se ve representado en la primera lámina que publicamos en este número. Entre los obsequios mas notables que han sido hechos en la capital al rey de Suecia y al príncipe Oscar, se puede contar la gran revista que pasó el día 9 el emperador en el Campo de Marte á todas las tropas de la guardia imperial y del primer cuerpo de ejército. Las tropas reunidas formaban un efectivo de 71 batallones, 47 escuadrones y 28 baterías de artillería, ó sea unos 45,000 hombres, y las mandaba el mariscal Magnan, jefe del primer cuerpo de ejército.

A las cuatro y media todas las tropas ocupaban sus posiciones respectivas. A las cinco el estruendo de tambores y trompetas anunció á la multitud inmensa que inundaba el Campo de Marte, que SS. MM. habian llegado al puente de Jena. El emperador venia de Saint-Cloud, y el rey de Suecia del palacio de las Tullerías. Sus Majestades iban á caballo, y entraron en el Campo de Marte escoltadas por un brillante estado mayor, precedidas y seguidas de un piquete de los cien guardias.

El emperador ostentaba el gran cordon azul de la orden sueca de los Serafines, y llevaba á su derecha al rey de Suecia y al príncipe Oscar, condecorados con el gran cordon de la Legion de Honor. S. M. sueca vestia uniforme de húsar con el dolman de color verde oscuro y bordados de oro.

El rey de Suecia y el príncipe real pasaron al salir de las Tullerías por el jardín, la plaza de la Concordia, la calle de árboles de los Campos Eliseos y la de Antin, é iban en un coche de la corte que seguian seis jinetes de la guardia particular del rey de Suecia. Estos guardias atraian las miradas de todos los espectadores, pues llevaban sombrero de tres picos, y un uniforme azul con los vivos, las bocamangas y el calzon de color amarillo que recordaba el traje de Luis XV.

Despues de cruzar el Campo de Marte, SS. MM. pasaron revista á las tropas principiando por los regimientos de infantería y terminando por la caballería. Colocáronse despues delante del pabellon central de la Escuela Militar, y el balcon corrido, que estaba cubierto con un pabellon y adornado con colgaduras, se habia reservado para las señoras convidadas, los embajadores de Siam y los de Suecia.

El desfile principió al momento en el orden siguiente: la infantería, la artillería, el tren de campaña y la caballería.

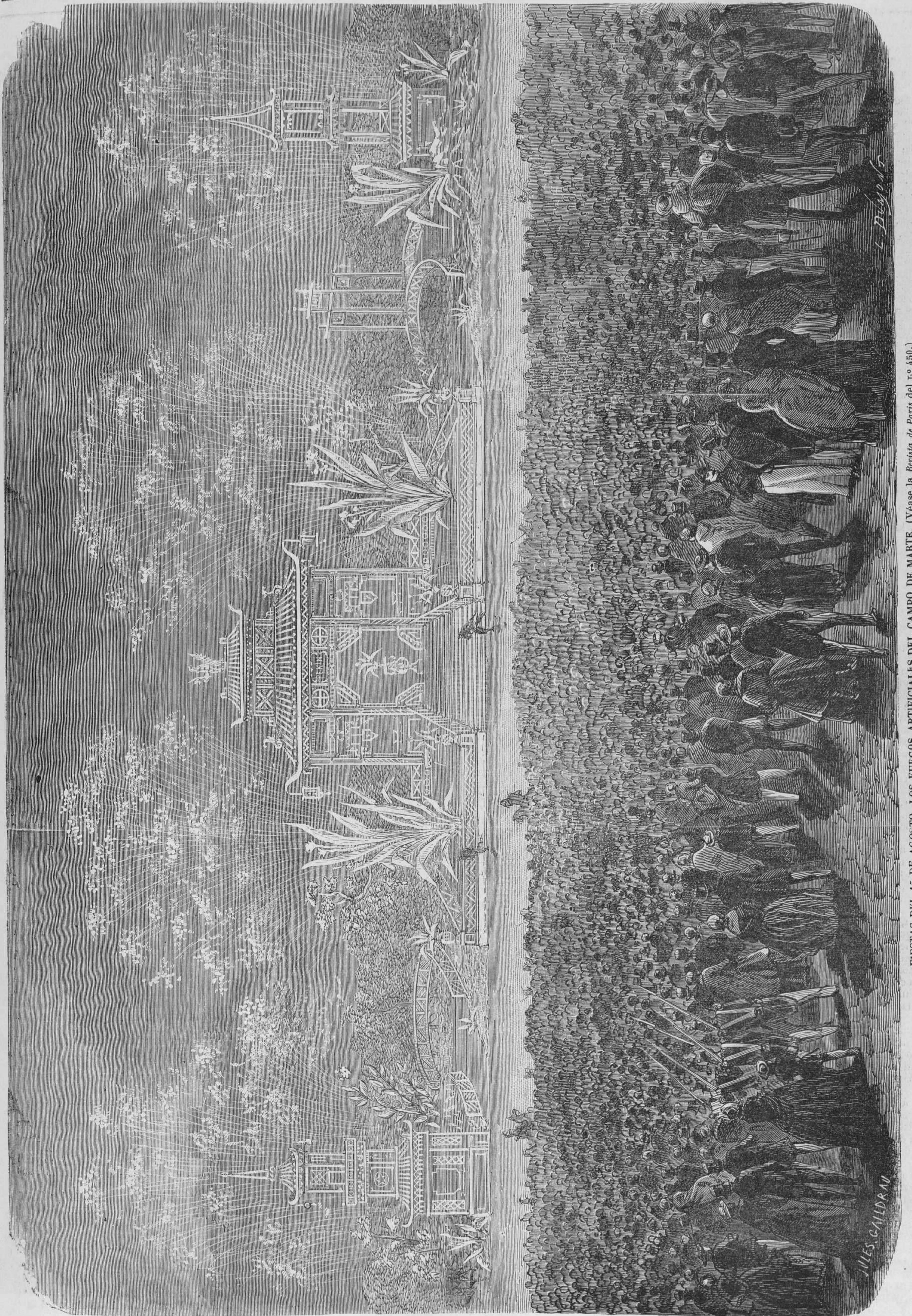
Durante la revista y el desfile, que se verificó de una manera admirable y con marcialidad, las tropas saludaron al emperador con entusiastas aclamaciones. Sus Majestades regresaron á las Tullerías á las siete y media.

Dos días antes el emperador habia dado á sus augustos huéspedes el rey de Suecia y Noruega y al príncipe Oscar una bonita fiesta en su residencia de Villeneuve-l'Étang, á la cual asistieron S. A. I. la princesa Matilde y SS. AA. el príncipe y la princesa Murat. Habian sido invitados á esta reunion los ministros y sus esposas, los oficiales de la casa del emperador y varios altos personajes, y ocuparon asientos en la mesa que se habia



ANDERSON'S

EL EMPERADOR Y EL REY DE SUECIA PASANDO EN EL CAMPO DE MARTE LA REVISTA DEL 9 DE AGOSTO.



FIESTAS DEL 15 DE AGOSTO, LOS FUEGOS ARTIFICIALES DEL CAMPO DE MARTE. (Véase la Revista de París del n.º 450.)

puesto al aire libre. El príncipe imperial llegó por la noche de Saint-Cloud para reunirse con el emperador, y asistió a los fuegos artificiales preparados en barcas sobre el estanque del parque y que produjeron bellísimo efecto.

El rey de Suecia y su hermano visitaron el museo, el castillo y los jardines de Versalles, y el grande y el pequeño Trianon. A las ocho de la mañana del día siguiente partieron para el campo de Chalons, acompañados de los oficiales de su servidumbre y del coronel Castelnan, ayudante de campo del emperador, agregado á su persona durante su permanencia en Francia. El emperador había mandado poner á disposición de Su Majestad el tren imperial, y el rey de Suecia fué recibido en la estación del ferro-carril del Este por los administradores MM. Perdonnet y Eugenio Pereire, á quienes el rey invitó á tomar asiento en el coche. M. Jacquim, jefe de la explotación, que dirigía el tren, recibió á las ocho las órdenes de S. M. y dió la señal de partir.

El rey de Suecia regresó al palacio de las Tullerías á las doce de la noche.

Por último, el día 11 el rey de Suecia y su hermano el príncipe Oscar, despues de haber visitado todas las curiosidades de París que es posible ver en los pocos días que aquí han permanecido, se despidieron del emperador y se dirigieron á Cherburgo.

Aunque el rey quería guardar un riguroso incógnito, una gran muchedumbre se agolpaba á su paso deseosa de saludar por última vez á unos príncipes unidos por tantas simpatías á la Francia imperialista.

El rey fué recibido en la estación de Cherburgo por las autoridades civiles y militares; pero antes de embarcarse recorrió el puerto y el arsenal, examinando minuciosamente la fragata de coraza la *Normandía*, actualmente en armamento.

A las diez, el monarca, despues de haber sido saludado con una triple salva de todos los buques surtos en la rada, subió á una de las fragatas de su escuadra. Despues de las despedidas oficiales, los buques suecos, saludados de nuevo por toda la artillería de la rada, levó anclas con rumbo á las costas de Inglaterra.

El rey y su hermano se mostraban llenos de gratitud por la caballerosa acogida que han hallado en Francia.

Tradiciones de América.

EL INDIO JAVI.

En la cadena de montañas cubiertas de nieve y de volcanes que forman la cordillera de los Andes, había entre el hueco de una roca gigante que dominaba la llanura inmensa, el hogar de un hombre, que mas que morada de un ser inteligente, parecía la cueva de un tigre salvaje.

Dos troncos de *ácana* servían de asientos, un monton de hojas secas y sobre ellas varias pieles de osos negros formaban el lecho: una alcuza de plata con tres mecheros; una ánfora con aguardiente; en un rincón varias ollas y vasos de vidrio; colgados de clavos de cobre dos vestidos de piel de toro: dos manoplas y un pasamontaña de malla de hierro, dos revolvers, una lanza corta, dos puñales anchos y cortantes, y en una hendidura, un cajón lleno de pepitas de oro, recogidas en las vertientes de los ríos: hé aquí todo el ajuar de la vivienda del indio Javi.

A aquella morada no llegaba nadie: á su alrededor no crecían árboles; su agreste habitante había buscado para pasar la vida, un terreno de pedernal sin flores y sin aromas, y donde solamente brotaba agua cristalina; lo demás allí no era necesario; y ni las nubes, ni los pájaros buscaban asiento en aquella cumbre escueta y árida, que las tribus llamaban *Pico del condenado*.

Aquella altura era el nido del indio mas rudo que la acometida del toro, mas sombrío que la tempestad, fuerte como un cedro, vivo como una ardilla, bajo de cuerpo, fornido de hombros, recio de brazos y con manos de hierro.

Tenia lacios los cabellos, ancha y dilatada la frente, formando la casualidad dos grandes prominencias sobre las cejas oscuras, que servían de arcos á dos ojos pardos y cubiertos siempre de melancólica tristeza.

Tenia larga la nariz y proporcionadamente aguileña; en toda su fisonomía se marcaba la decision, y el espíritu del alma derramaba una sombra de imperio sobre los pómulos y las quijadas enjutas, que formaban una pequeña hendidura en el remate de la barba, dándole tipo á la cara varonil, una gran boca brusca, cuyos dientes blancos y brillantes, asomaban á las sonrisas sarcásticas de aquella naturaleza indomable; habitante en la cresta de los Andes, sin necesidad del amor ni del odio de los hombres, sin conocer leyes ni freno y sin mas creencia que la de Dios.

«Yo no estoy bajo las garras de la humanidad: las mias rinden la pantera negra, que es cien veces mejor que el hombre», decía á los compradores de pieles cuando se lamentaban del aislamiento en que vivía.

Porque Javi era el gran cazador, el propietario de las mejores pieles, la admiración de las tribus de *Chiquitos* y *Carapuchas*, y el mas valiente de los hombres nacidos en la tierra peruviiana, desde que Pacha-Kamak salió de las tinieblas á iluminar el mundo.

Así es que las tribus lo creían descendiente de Manco-Capac, y heredero por su valor extraordinario y la sabiduría natural de su entendimiento, del trono de Ata-

hualpa, destruido á filo de espada por los conquistadores españoles.

Javi mandaba en la gran cordillera: su voluntad era ley para todas las tribus. Sin embargo de vivir en soledad eterna y de pasar semanas enteras sin que á su oído llegara la voz humana, su espíritu era extraordinario, y su fuerza corporal y valor salían de los límites trazados por la naturaleza; el amor, el odio y la ambición le eran desconocidos.

Su vida era una lucha eterna con los tigres de las márgenes de los ríos, ó con los osos negros en los espesos bosques. Estos animales feroces eran sus enemigos naturales; y para su persecucion terrible, no le impulsaba ya el interés de la venta.

Javi hacia esta caza por pasión á la lucha: su placer era aquella guerra; los temidos reyes de la selva se estremecían delante del salvaje. ¿Quién espanta á quién? podía preguntarse al verlos comenzar la pelea.

Todos los días á las tres de la tarde, Javi bajaba de su cueva á buscar al enemigo, que regularmente lo hallaba de noche: la oscuridad que entre las espesas selvas espantaba á los espíritus fuertes, era su delicia y su momento preferido.

Entonces, forrado de un doble vestido de piel de toro, desde la garganta á los tobillos, con su *pasa-montaña* acerado, por donde solo asomaban los ojos ardientes; con sus manoplas de malla, su cinto de eslabones de oro, de donde pendía su ancho y aguzado cuchillo, y atrás sus revolvers de Colt; empuñada la lanza, cuya lengua de acero de un metro de largo le llegaba al cuello, el indio montado en su caballo seco, duro y ligero como el viento, indómito como el mas cerril de las selvas, se metía en el terreno de los tigres, como el cazador de Europa en el monte en busca de la banda de perdices.

Al entrar en el bosque, el viento le anunciaba el puesto de su enemigo: aquel espíritu todo intuición, tenía en el olfato una sensibilidad exquisita, y cuando no percibían las narices el olor caliente de la fiera, la oreja pegada en tierra horas enteras, por la pisada adivinaba su camino y sabía si venía sola ó acompañada; mientras á su vez la fiera, apenas el indio hollaba la espesura, cuando ya husmeaba la carne, y dando saltos y rugidos se dirigía á su encuentro ligera como una flecha.

Pero Javi la aguardaba ya, y nunca escogía el terreno breñoso para la pelea, jamás la abertura de las rocas, rara vez la orcajadura de los árboles, ni las garitas de madera que tenía en las encrucijadas para guarecerse en las noches de tempestad: acudir á la trampa, al lazo y al escondite, para aquel corazón valiente era una cobardía: buscaba la acometida cara á cara y frente á frente: el indio no comprendía la traición.

Nunca el enemigo le sorprendió por la espalda, porque conocía la táctica de su guerra; y antes de dar el tigre el salto, si venía solo, lo aguardaba la punta de su lanza, que al primer bote iba á hallarle el corazón; y si le acompañaba la madre y sus cachorros, su revolver y la ligereza de su caballo, que manejaba con sus piernas de hierro, eran su terrible defensa.

Su ojo seguro hería siempre en medio del cuerpo ó en la cabeza; y como escogía á su gusto la batalla en campo abierto, á veces antes que se le acercaran los tigres que lo atacaban, dos habían muerto de bala, y el resto eran trabajo para la lanza ó el puñal del cazador extraordinario: hecha la matanza, desollaba las fieras, si las acometidas de otros tigres le daban lugar, y colocando las pieles sobre su caballo subía ó bajaba á su cueva tan taciturno y tranquilo como siempre.

En una de las noches del mes de diciembre del año de 1854, el indio preparado para su caza, subía la cordillera en su caballo blanco, que la gente de la sierra decía estaba *embrujado*.

El cielo estaba oscuro: el viento y los relámpagos anunciaban una de esas tempestades horribles que estremecen los Andes; tempestades en que la lluvia es tan copiosa que el agua que cae parece una muralla de cristal levantada entre el cielo y la tierra. Los relámpagos y los truenos se repetían por segundos, y con aquel ruido atronador y profundo que solo se escucha en los climas americanos. La atmósfera misma presagiaba el fenómeno de la erupción de los volcanes y de los temblores de tierra.

Pero el indio Javi á pesar de aquella cruel y tempestuosa noche, calado de agua, deslumbrado por la luz de los rayos, seguía subiendo la cordillera, como si viera el camino, en una de las noches serenas y apacibles del mes de mayo.

Mucho había andado el caballo: dos leguas mas y ya estaba en el cazadero, y la caza de aquella noche esperaba el indio fuera muy grande; porque la tempestad había hecho bajar espantados á los tigres y á los osos de la cumbre de la sierra, y en terreno desconocido para ellos, Javi saboreaba su triunfo y la certidumbre de una feliz lucha y de una gran matanza.

Meditando en esto, sin hacer caso de la lluvia, ni de las corpulentas ramas de árboles que el viento desgajaba arrojándolas al camino, el indio llegaba al fin de su jornada soñoliento y abstraído como si lo adormiera un poder magnético.

¿Era que algun espíritu de esos misteriosos que cruzan en las noches de tormenta y desolación, para abrazar y conmover el mundo, se había apoderado de él, encontrándolo tan osado en su camino? ¿Era que debía suceder en su tenebroso espíritu incrédulo y duro, uno de esos milagros que llenan los libros de los santos?

La mente no lo alcanza, pero el hecho fué extraordinario.

Los indios carapuchos lo cuentan llenos de admiración

y de miedo, á pesar de su valor salvaje y de su increencia indomable.

Javi estaba á media legua del cazadero; el rugido de los tigres espantados que buscaban sus cachorros perdidos en aquella tremenda noche, llegaba como una armonía deliciosa á sus oídos. Sus ojos estaban entreabiertos, el fuego de su cigarro lo había apagado el agua que caía á torrentes.

En aquella oscuridad no había lumbre, y no era posible encontrar pedazos secos, para en dos segundos de frotación volver á encender el cigarro.

Siguiendo el camino, abstraído en el pensamiento de la nada, el indio fijó los ojos, y vió un poco mas adelante á un lado del camino, á pesar del gran viento y del agua que caía, cuatro luces encendidas, y frente de ellas, sentada y envuelta en un manto negro, la figura de una mujer.

El indio jamás la había encontrado en aquella sierra, que por la noche era el espanto de los hombres, pero como él era capaz de dormir tranquilo en medio de la espesura, le pareció natural que otro cualquiera hiciera lo mismo; y como para sus ojos no había humanidad, ni le importaban sus aspiraciones ni empresas, dijo para sus adentros: *Esta es una cazadora de serpientes ó de otros reptiles venenosos, de los que hay muchos por el mundo, y Dios le dé buena caza.*

Iba á pasar por delante de ella, cuando se le ocurrió que la lumbre de su cigarro se le había apagado y que podía encenderlo en las luces que servían á la cazadora de serpientes.

Y sin levantar los ojos á mirar la persona envuelta en el manto, se acercó al lugar donde se sentaba, y desde su caballo extendió el brazo, bajó la mano y acercada el tabaco á la luz que se movía sin descanso, azotada por el viento, cuando el caballo relinchó bravío, alzó las orejas, tembló y levantándose sobre las patas de atrás, se echó en medio del camino.

— *El tigre*, murmuró el indio abriendo los ojos, llevándose el tabaco á la boca, empuñando la lanza y preparándose para el combate.

Un momento aguardó en vano; el enemigo no saltaba de ningún lado: el caballo no había dejado de temblar y sus orejas estaban tiesas, removiéndose como si un espanto terrible lo dominara.

El indio, que conocía á su compañero, se estremeció sin saber porqué.

— *Adelante, caballo*, le dijo, clavando en sus ijares el acicate de hierro.

El animal volvió á adelantarse; el indio acercándose de nuevo á una de las cuatro luces iba á encender su cigarro, cuando la mujer envuelta en el negro manto, le dijo lúgubremente: *Indio Javi, no enciendas aquí.*

El caballo volvió á relinchar, espantado; haciendo corvetas, se levantó sobre las patas de atrás, y saltó como un condenado al otro lado del camino.

El indio le apretó entre sus piernas, le clavó los acicates, le metió entre las cuatro luces, y echando maldiciente una sonrisa sarcástica, estiró el brazo y llegó con su cigarro á tocar la luz que descansaba en el hueco de una calavera.

— *Indio Javi, has hallado la muerte*, le dijo con voz sepulcral la mujer enlutada, agarrándole la muñeca.

El indio, á la presión tan estemporánea y violenta, clavó de nuevo los acicates al caballo, y quiso retirar el membrudo brazo de aquella prisión con toda la pujanza de su cuerpo; pero al fuerte empuje se desenvolvió de su manto la misteriosa figura, y el indio cayó del caballo entre las cuatro luces, incorporándose al momento con valiente energía.

Mas al alzar los ojos, se encontró agarrado el puño por un esqueleto amarillo como la cera virgen, que lúgubremente le dijo mirándole con espanto y amargura:

— *Indio Javi, profanaste la luz de los muertos; has hallado la muerte.*

El indio forcejeando, sin poder libertar el brazo de aquella mano de hierro, se arrojó con toda su fuerza sobre la osamenta, estrechándola con feroz violencia para hacerla saltar en pedazos.

Pero los huesos rechinaban: las costillas se unían á la espina dorsal; la calavera se hacia una pelota con los omómeros, los femures, las tibias y las puntas agudas de los huesillos de los pies: el indio ni podía deshacer aquella osamenta fria como el hielo, ni arrancarse de su garra, que como una argolla de fuego le quemaba la muñeca del brazo izquierdo.

— *Indio Javi, por no respetar la luz de los muertos, has hallado la muerte*, volvió á repetirle con voz lúgubre y profunda.

El indio, cubierto de sudor y sin fuerzas, dejó de apretar el monton de huesos y cayó sin sentido sobre la tierra...; *Dios mio, ampárame!* dijo al caer... y entonces la muerte desapareció.

El caballo á carrera tendida, arrancó por la sierra abajo, y entre torrentes de agua, dando rugidos espantosos, una horda de tigres se lanzó sobre el indio.

Javi había vuelto de su desmayo: tres veces se oyó el estampido del revolver, y tres tigres habían caído á sus pies.

Pero como la tempestad había ahuyentado las fieras de las cumbres, estas, reunidas á las entradas de la sierra madre, á los rugidos de los moribundos, acudieron al lugar del combate.

El indio empuñó otro revolver; la batalla estaba abierta.

Media hora, desmontado entre arena, se defendió valerosamente; de tres tigres que lo acometieron, saliéndole por diferentes lugares de la espesura del monte, dos cayeron heridos: el tercero, dando tremendos sal-

tos, se le echó sobre las espaldas, le clavó las garras, y arrastrándolas de arriba abajo, le abrió ocho heridas mortales, haciéndole presa con sus dientes grandes, viejos y nadando en babas espumosas, al cuello, cubierto por la malla de hierro.

El indio moribundo ya volvió sobre su contrario, y le clavó, como á sus compañeros, el puñal en el corazón.

Pero la lucha habia sido grande: las heridas recibidas profundas; la sangre que perdía copiosa; el agua cayendo á torrentes; la tempestad se desencadenaba cada vez mas; Javi no veía su caballo blanco, la fatiga y el desaliento pudieron al fin con aquel espíritu extraordinario, y cayó entre los tigres, que como él moribundos, exhalaban aullidos espantosos.

La noche horrenda se acabó por fin: por la mañana al pasar la selvosa cordillera, una tribu guerrera de quichicas se encontró muerto entre seis tigres negros al indio Javi.

En sus pieles envolvieron el cadáver; en hombros lo llevaron al pié de su cueva y lo enterraron á su entrada, haciendo con los dientes de las fieras una cruz sobre la losa de su sepulcro, que aun existe en la cumbre del Condénado, donde la gente india ha esculpido esta inscripción:

Al indio Javi lo mató el tigre por no haber respetado la luz de los muertos.

STERRIPA.

I.

La noche era muy clara, parecia el cielo un escudo de zafiro tachonado de brillantes, y entre un cerco de nubes bordadas de oro, la luna como un globo de nieve derramaba sobre la tierra su transparencia melancólica que penetraba misteriosa por los cristales de las ventanas del convento de San Francisco en la ciudad de Quito.

El viento era suave, apenas removía las hojas de los árboles; las aguas de los rios corrían tranquilas sin rizar sus ondas de cristal, y los pájaros dormidos abrigan las cabezas bajo sus ligerísimas alas.

La noche era americana; una de esas noches profundas de sentimiento, profundas de hermosura, profundas de grandeza; en que el Señor Dios habla á gritos á la conciencia del hombre, y le dice con amorosa voz, que retumba llena de ternura por todo el ámbito de la tierra: *Esta es también obra bendita de mis manos.*

En esas noches de majestad y de maravillas, ¿quién no cree al alzar los ojos al cielo?...

¿Quién que ha leído á Séneca, no sublima el corazón, buscando la verdad entre la dulcedumbre y concierto de los astros?

¿Y quién deja de buscar el camino derecho en el Génesis, en Moisés, en Salomón, en el Eclesiastes, y en la vida de Jesucristo, escrita por san Mateo y san Juan, sus contemporáneos y discípulos?

Y á la luz de sus doctrinas, tan resplandecientes como el brillo de las estrellas, ¿quién no abrirá los ojos á la vida eterna?...

Los que no conciben cómo dure el alma sin el cuerpo, preguntánselo á esas noches serenas que excitan la conciencia al temor y al arrepentimiento...

Y esas noches serenas responderán diciendo: *Nosotras como tú, somos obras de Dios, y viéndonos con los ojos del cuerpo, mas claros que los del entendimiento, ¿nos comprendes acaso?...*

¿Y cómo podrá adivinar la humana especie la razón de su existencia y cuál es la de su eternidad, que sin duda debe comenzar á la hora de la muerte del hombre?...

¡Ah! ¿quién puede decirselo á la ignorancia de la criatura?...

¡Solo Dios, que habla á toda la creación en medio de la noche serena! ¡Solo Dios, que se lo enseña á la razón, que no me deja arrojar al aire el polvo vano de esta deleznable materia!... á la razón, que no sabe por qué, ni cuándo nace el hombre; y por qué, ni cuándo muere tampoco; ni el lugar en que reside el alma; ni por dónde hace su camino, de esta naturaleza á la otra misteriosa é impenetrable...

A la razón que sin ver ni oír concibe y siente la felicidad bienhechora de la muerte...

A la razón que á todas horas bendice á Dios, y lo halla por donde quiera que vuelve sus ojos cansados y afijidos...

¡Ay! en una de esas noches que hablan á la razón y al sentimiento del cristiano, en que todas las estrellas parecían sonreír mirando curiosas la superficie de la tierra y las obras llenas de pretension de los mortales, en el convento de San Francisco de Quito, la voz del órgano se perdía en las altas bóvedas, acabando la comunidad de celebrar honras por el alma de Sterripa, la señora caritativa, consuelo de los afligidos, esposa leal y tierna del noble conde don Nuño, y madre de dos lindísimas niñas.

Los ruegos se habian concluido, y en la iglesia ya no quedaban fieles.

Cuatro grandes candelabros, con luces encendidas, alumbraban el túmulo, mientras el resto del convento estaba oscuro.

Sterripa durante su vida habia hecho riquísimos dones á la orden de San Francisco; por mano de los legos repartía la mitad de sus rentas para socorro de los afligidos, y por eso su muerte era una desgracia para la

comunidad; y con este motivo, los frailes, llenos de pesadumbre, mientras el cadáver estaba depositado en la iglesia, habian convenido velarlo haciendo oración hasta la hora del entierro.

El silencio era sepulcral; la muerta estaba vestida de blanco; la corona de rosas sobre las sienes y envuelta en su velo de desposada.

El conde don Nuño habia querido que Sterripa al bajar al sepulcro llevase el mismo traje y la misma guirnalda con que la vió radiante de hermosura llegar á descender las cortinas de su lecho nupcial.

El desconsolado caballero habia mojado con lágrimas de angustiado dolor, la noble y pálida frente de la mitad de su alma...

Y sobre el corazón le habia colocado, al decirle el eterno adiós, un ramo de azucenas, símbolo purísimo de sus pensamientos.

Los inocentes hijos de la buena esposa, con sus manitas cariñosas, creyéndola dormida habian arrojado ramos de jazmines sobre el vestido blanco de su dulcísima madre.

II.

El gallo con su voz estridente rompió el silencio de la noche tranquila; pocos segundos despues el reló del convento dió las doce, mezclando el lúgubre son con su cántico altanero.

¿Porqué mientras la naturaleza se entrega al descanso, con tan perenne vigilancia, marca esta ave tan seguramente las horas?...

¿Es que indica á los espíritus el tiempo y el camino para salir de las tumbas á hacer su peregrinación?...

¿Es que anuncia á las tinieblas los momentos de la lúgubre vida?...

¿Es que algun misterio, la relaciona con los seres desconocidos, que forman el mundo invisible en medio de la oscuridad?...

¿Porqué en todos los países, y en todas las estaciones, y con horas expresas estas aves rompen la quietud sepulcral de la noche serena?...

¿Quién puede explicar la causa de esta costumbre, que existe desde la creación sin que nadie haya dado con la razón de su origen?

El gallo fué la señal con que Jesucristo marcó á san Pedro el momento de su poquedad de ánimo: *Antes que cante tres veces, me habrás negado.* Y así sucedió.

Sea lo que quiera, el gallo habia cantado, y el reló daba las doce de la noche, cuando en el convento de San Francisco todo volvía á su habitual silencio.

Pero al lado del cadáver de Sterripa dos frailes hacían oración: un momento detuvieron el ruego, y estremecidos á un tiempo se miraron consternados...

— ¿Qué mira, hermano lego? le preguntó el mas anciano, cuya barba como la nieve caía sobre el pecho en encrespadas ondas de sutiles y brillantes hebras de plata.

— Padre guardian, me parece que la muerta ha dado un suspiro.

— Hermano lego, siga su oración, y no tenga esos delirios: los muertos no resucitan: solo Nuestro Señor Jesucristo levantó á Lázaro de la tumba; los demás dormirán inmóviles hasta el día del eterno juicio.

— Padre guardian, eso es verdad; pero me parece haber oído otro suspiro.

— Hermano lego, rece y sea buen cristiano y venere los juicios del Señor...

III.

Mientras estaban en este diálogo los venerables, el gallo cantó de nuevo: y parecia que la luna se habia escondido entre un monton de nubes, para sorprender la oscuridad de la iglesia, metiendo su rayo por las grandes ojivas de la nave mayor, y bañando con su tibia claridad el rostro de Sterripa.

— Padre guardian, gritó entonces el lego con los cabellos erizados y retirándose algunos pasos, padre guardian, la muerta ha movido los labios.

— Hermano lego, no sea impio; los muertos no respiran ni menean los labios: hace veinte y cuatro horas que ese cuerpo está depositado en el convento: antes de traerlo aquí, los médicos le han examinado, le han aplicado planchas de fuego á las manos y los piés; el hielo de sus carnes, la rigidez de sus miembros, esos ojos entreabiertos, ese color lívido, esas facciones desencajadas, esa boca espumosa, ¿no le parecen al hermano pruebas suficientes de su muerte?... No sea temerario y haga oración sin estar distraído, por el alma de esa señora, que en vida fué muy buena cristiana y muy caritativa.

El hermano lego volvió á empuñar su rosario, y habia rezado tres dieces, fijos los ojos sobre el cadáver, sin pestañear, cuando volvió á gritar lleno de asombro:

— Padre guardian, la muerta abre los ojos.... La muerta me mira... padre guardian... ¡Dios nos asista!...

IV.

El anciano se puso de pié, y bendiciendo el cadáver, fijó en él atentamente sus miradas.

Sterripa dió un profundo suspiro: revolvió á todos lados los ojos, y se sentó en la caja mortuoria como si despertara de un gran letargo; pero apenas se habia incorporado, cuando sin fuerzas cayó de nuevo sobre la almohada.

El lego temblaba, y con los ojos desencajados, en una mano el rosario y en la otra el hisopo, la rociaba de agua bendita echándole exorcismos.

El guardian sereno y grave, con el valor de la religion y del profundo saber, se acercó y le puso la mano sobre el corazón: apenas se distinguían sus palpitaciones, porque la sangre casi no circulaba.

Como iluminado por una luz sobrenatural, la sentó en el ataúd, y entonces dió un suspiro, que parecia no poderle salir del cuello.

— Hermano, le dijo al lego, no tiemble; acerque esa luz y sostenga la cabeza á la muerta.

Y abriéndole la boca, que tenia duramente cerrada por la violenta congestión, le metió los dedos, llegando con gran esfuerzo á la tráquea; de allí, con dificultad le arrancó una masa de materias extrañas, que ahogaban el cuerpo, dejando imperceptible pasaje al aire que sostenía aquel resto de existencia, á pesar de la gran debilidad que iba ya á poner término á la vida.

Sterripa no estaba muerta, é iba á ser enterrada viva al despuntar la mañana.

Y apenas el guardian arrancó de la tráquea el cuerpo que la ahogaba, la muerta respiró libremente, volvió en sí, abrió los ojos y comenzó á gritar como una loca, hecha un mar de lágrimas.

— No llore, hermana, le decía el lego repuesto de su terrible espanto; no llore, que mañana ya no la entierran.

Sterripa, como si despertara de un horrible sueño, miró atentamente las luces que la rodeaban, á la bóveda de la iglesia, movió las manos y los piés hechos llagas; se desarropó de su manto blanco, tocó la corona colocada sobre sus sienes, y saltando de la caja se arrojó con fervorosa humildad al pié del altar de la Virgen, y pocos momentos despues, cayó desmayada en los brazos del padre guardian.

— Volvió á morirse, gritaba el lego llamando á la comunidad que vino espantada.

Pero Sterripa habia vuelto de su letargo: el frio del parasismo lo habia sustituido una fiebre violenta: silenciosa, paseaba los ojos llena de sobresalto temiendo ser encerrada de nuevo en la fatal caja; y queriendo salvarse, principió á correr por las naves de la iglesia, saliendo al fin como una flecha por la puerta, seguida del guardian, que con trémulo paso y voz conmovida la llamaba, y de los hermanos legos que no podían darle alcance.

V.

Así atravesó las calles de la ciudad: y al dar las dos de la noche, cantando nuevamente el gallo, llegó á su casa.

Con mano firme empuñó la aldaba de hierro y dió tres golpes rápidos y violentos; y como si hubiera asaltado su mente un pensamiento extraordinario, al levantar de nuevo la aldaba se detuvo pensativa, y cruzando los brazos sobre el pecho, se sentó en el umbral de la puerta.

¿Es que la triste madre pensaba que su inatendida presencia podía herir mortalmente el corazón de su esposo y de sus hijos?...

Sola estaba; devorada por la fiebre y apoyada en las piedras del muro.

La luna bañaba su majestuosa y pálida figura: sus grandes ojos negros y vidriados por el miedo y la calentura, se abrían bajo el arco extendido de sus negríssimas cejas; en oración por la vida de sus hijos, movía la delicada boca, que levantaba los extremos finísimos de sus labios, derramando en medio del temor que la dominaba aun, la sonrisa apacible del alma, celestial misterio de virtud y de pureza, que da á las criaturas una conciencia limpia y serena, y un corazón caritativo y justo.

Despues de aguardar algunos minutos, empuñó de nuevo la aldaba, y dió pausadamente otros tres golpes.

El conde Nuño, rendido de la pena y de los largos días de la enfermedad de Sterripa, á quien habia asistido hasta su muerte, dominado por la fiebre y el cansancio, no habia oído los golpes.

(Se continuará.)

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

Exposicion de 1861.

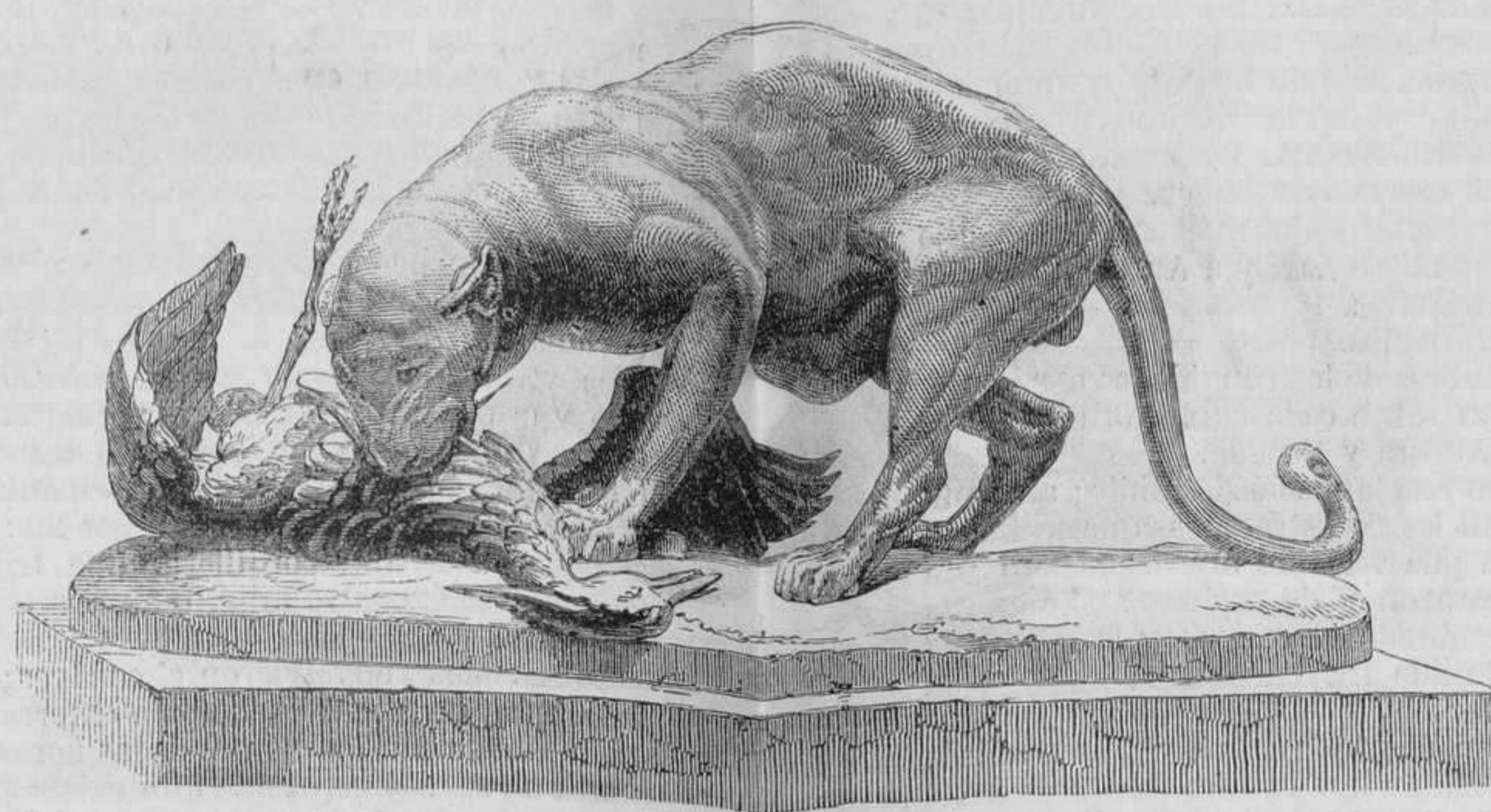
M. JANET-LANGE: *El emperador y su casa militar en Solferino.* — Otro lienzo destinado á perpetuar la gloria del ejército francés. M. Janet-Lange es muy conocido como dibujante, y mas de una vez se han publicado en este periódico obras suyas muy recomendables. La composición que hoy nos ocupa está bien entendida y bien ejecutada. El artista ha elegido el momento en que el cirujano en jefe del ejército está herido no lejos del emperador.

El episodio es interesante. Sin duda alguna no contestamos el mérito del soldado enardecido por la batalla, que asalta los reductos y pone en derrota á los batallones enemigos; pero bueno es que se ponga también en evidencia el generoso celo de los cirujanos militares que consagrados á sus hermanos de armas, conservan la sangre fria del facultativo en medio de los horrores de la batalla, y saben exponer su vida á fin de salvar la de sus semejantes.

M. PALIZZI: *Las ruinas de los templos de Postum.* — De los templos de Postum no quedan en el lienzo de M. Palizzi mas que diez troncos de columnas. Este fondo ha servido de pretexto al pintor para hacer magníficos



LA LLEGADA A LA FERIA (Auvernia), cuadro de M. A. Bonheur.



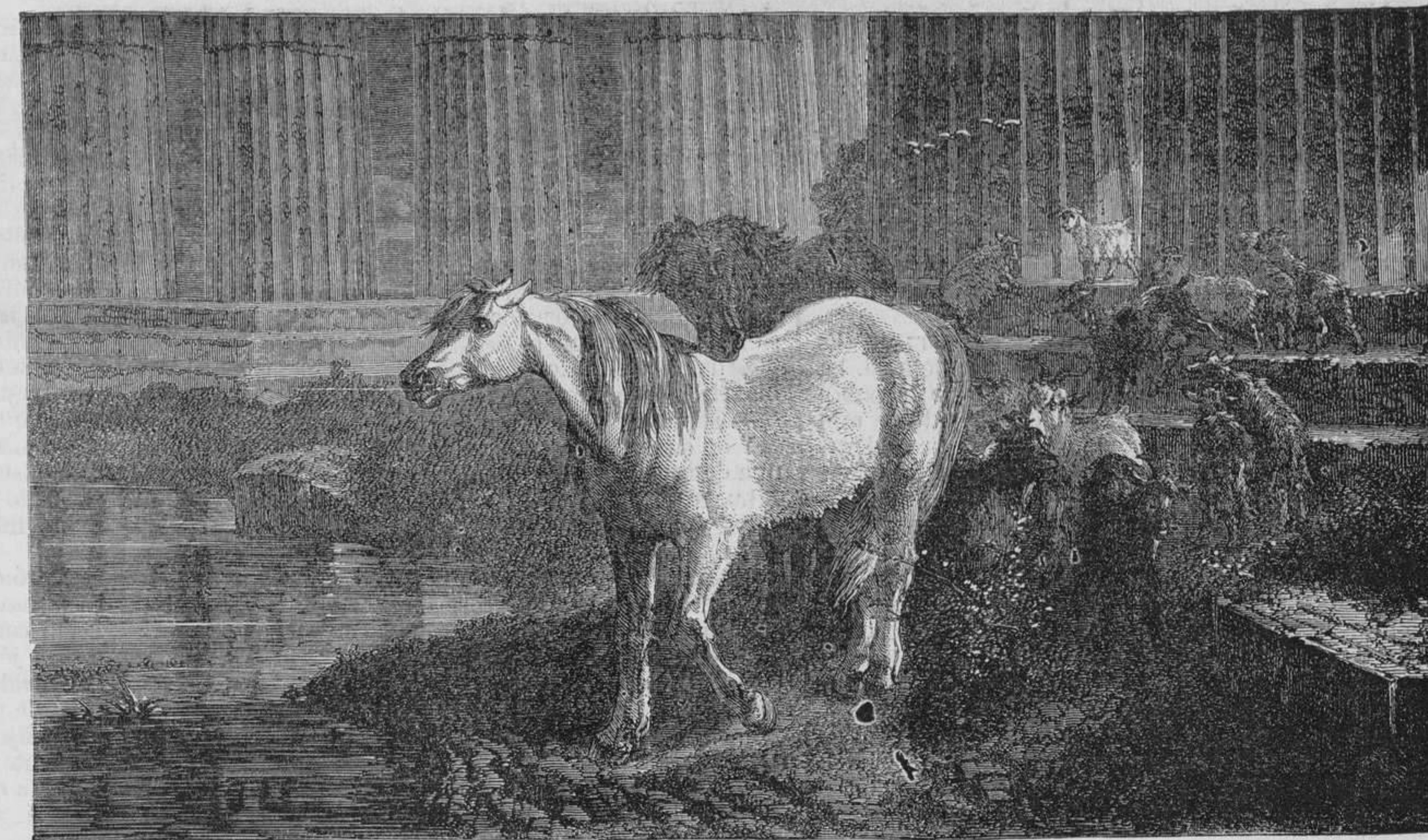
PANTERA DE LA INDIA Y GARZA, bronce de M. P.-E. Delapierre.

sición digna de alabanza; pero para los que conocen la Auvernia, tiene un mérito, y es el de la exactitud; es la naturaleza de ese hermoso país copiada del natural.

Ahí se notan los horizontes limitados, los cercados verdes y frondosos, los senderos tortuosos y multiplicados trazados entre los matorrales

por el capricho de los viajeros. Como los pinta M. Bonheur, son los aldeanos de la comarca. Hasta el toro encerrado en su pasto y sacando el hocico por encima de la cleda, está copiado con una fidelidad perfecta.

M. A. LELEUX: *La criada del pintor*. — Son dos hermanos, Adolfo y Armando, hermanos



LAS RUINAS DE LOS TEMPLOS DE PCESTUM, cuadro de M. J. Palizzi.

caballos medio salvajes pastando en medio de las ruinas, en tanto que las cabras van buscando alimento entre las espigas de esos monumentos devastados. El efecto de este cuadro es bastante extraño, pero de una extrañeza nada desagradable.

M. A. BONHEUR: *La llegada a la feria*. — M. Augusto Bonheur es hermano de la célebre Rosa Bonheur, que maneja el pincel con tanta maestría. Su talento se resiente un poco de ese ilustre parentesco. M. A. Bonheur pinta como su hermana paisajes y animales, casi siempre en la Auvernia. *La llegada a la feria* le ha valido este año un triunfo merecido. Para todo el mundo sus animales están bien dibujados y pintados; el paisaje encantador y la compo-



UN RECUERDO, mármol de M. Frison.



EL EMPERADOR Y SU CASA MILITAR EN SOLFERINO, cuadro de M. Janet-Lange.

por la sangre y por el talento. *El herrador en la baja Bretaña* era de Adolfo y *La criada del pintor* es de Armando. No sé cuál de ellos es el mayor, no quiero saberlo, pues me gustan las obras de entrambos.

Adolfo tiene el monopolio de la Bretaña y Armando es medio suizo, pues se ha casado en Ginebra con una artista como él, dotada de un talento lleno de delicadeza y de encantos. Madama Leleux tenía en la Exposición tres obras preciosas que han sido muy admiradas.

M. Armando Leleux sorprendió un día a su criada, una fresca y rubicunda suiza, extasiada delante de sus cuadros, y preguntándose porqué su amo ensuciaba con negro, encarnado y amarillo unos lienzos tan limpios y tan blancos



EL AMOR DE SI MISMA, mármol de M. Clère.



LA CRIADA DEL PINTOR, cuadro de M. A. Leleux.



EL MEMORIALISTA ROMANO, cuadro de M. Salles.

cuando eran nuevos, y este asunto le sirvió para su cuadro.

M. SALLES: *El Memorialista*. — M. Salles ha traído dos recuerdos de un viaje á Roma: *Una segadora de la campiña de Roma* y *Un Memorialista*. Es el pobre memorialista tradicional, viejo, arrugado, achacoso y armado de anteojos enormes que todos conocemos. Se abriga bajo un inmenso paraguas, y está cortando su pluma magistralmente, en tanto que una jóven y hermosa romana, un poco triste, con aire pensativo y de codos sobre la mesa, espera que el fiel traductor de sus pensamientos se halle dispuesto á escucharla.

M. DELAPIERRE: *Pantera de la India y garza*. — Es un grupo de animales en bronce bastante notable. La pantera desgarrará las entrañas palpitantes de la pobre garza. Una sola cosa me preocupaba delante de este grupo: ¿cómo la pantera cogió su presa? Verdaderamente la garza no merece interés; fué una tonta en permitir que la cogieran.

M. FRISON: *Un recuerdo*. — M. Frison ha expuesto bajo este título una preciosa estatua de mármol que recuerda un poco las formas raquíticas de las esculturas del siglo pasado. Una jóven pensativa y melancólica está contemplando un medallón, en tanto que el Amor colocado á sus pies la mira con una ligera sonrisa.

M. CLERE: *El amor de sí misma*. — Es una estatua de mármol comenzada por el difunto M. Cumberworth y terminada piadosamente por M. Clere. Una mujer hermosa enamorada de sí misma deposita un dulce beso sobre su hombro blanco y torneado. La actitud era difícil; el autor ha sabido disponerla con mucha elegancia y mucha gracia.

A. M.

Matilde de Wallenstein.

(Conclusion.)

¡La amo! La amo locamente... pero ella, ¿era lástima de mí, era simpatía?... ó bien... ¡amado, amado por ella!... Ahí tienes lo que me he preguntado cien veces esta noche tan pronto con éxtasis como con espanto. No; no puedo permanecer aquí una hora más; me marchó esta noche y mañana me tendrás á tu lado.

Habia decidido anunciar mi marcha durante el almuerzo; pero en el momento de hablar, no se qué confusión se apoderó de mí que me prohibió desplegar los labios. Lo dejé para la hora de la comida, y á fin de llevarlo á efecto, hice mi cofre con ayuda de Gertrudis.

Aquella tarde había una fiesta en la pequeña iglesia gótica que se eleva enfrente de casa; los sonidos del órgano llegaban á mi oído, y bajé al salón para oír mejor, pues á mí me gustan mucho los cánticos religiosos.

Como el primer día de mi llegada aquí, era la hora del crepúsculo, y Matilde estaba sola con su niña, que dormía á sus pies.

Pero esta vez ella no trabajaba, sus facciones no tenían aquella calma, aquella expresión de inocencia que tanto me había conmovido; todo en ella manifestaba por el contrario una preocupación dolorosa y profunda.

Su labor se había deslizado hasta el suelo, y con una mano en la frente se hallaba tan sumergida en sus reflexiones que ni siquiera reparaba en su niña.

Una observación se me ocurrió; su hija no tenía aquellas cintas azules que tan bien adornaban su rubia cabellera, y que todas las mañanas la ponía su madre; aquel día las había olvidado.

Aquel antiguo salón, aquellos muebles lustrosos por el uso, aquella mujer jóven y hermosa, aquella niña risueña, todo aquel cuadro era en apariencia igual al que yo había visto el primer día; y sin embargo, ¡qué cambio notaba en él! Hasta aquella atmósfera que se habría creído impregnada de las virtudes domésticas me pareció que abrasaba al soplo de la pasión.

Me senté sin hacer ruido al lado de Matilde; pero á pesar de mi precaución, ella me sintió, y volviéndose con presteza, me dijo:

— ¡Ah! ¡sois vos!... me estaba durmiendo, ya veis, como mi hija. Es el cansancio; hoy ha jugado mucho... ¡pobre criatura! voy á llevarla á la cama; ¿sabéis dónde está Gertrudis?

Y al punto añadió sin esperar respuesta:

— Mi marido va á venir; os dejo para acostar á Eva. Tomó á la niña en sus brazos y se alejó rápidamente.

VIII.

Solo en el aposento, me puse á escuchar el órgano, y mi alma se sumergió en un mundo de ideas y de emociones bien opuestas á las que la trastornaban hacia veinte y cuatro horas. Me trasporté por el pensamiento á la iglesia gótica, me arrodillé en su oscura nave, y sentí vagar por las tinieblas ese aliento misterioso que os hunde á la vez en el polvo del mundo y os arrebató á las alturas infinitas del cielo; que os revela todas las miserias, las bajezas y las enfermedades de nuestra naturaleza, y nos hace comprender al propio tiempo los milagros de la creación y el poderío de Dios.

Pero en breve por ese mundo espléndido y radiante adonde yo me había trasportado, vi cruzar, pálida y luminosa como una sombra, la imagen de Matilde. Su cuerpo se desvanecía, digámoslo así, en una larga vestidura blanca cuyos pliegues se perdían en el azul del cielo, y su cabellera esparcida sobre sus hombros estaba bañada en los vaporosos resplandores de las aureolas.

De tiempo en tiempo sacudía sus hermosos cabellos,

y cada vez caía de ellos una lluvia de luz y de perfumes. Al marchar por el surco brillante que trazaba en pos de sí, me vió, y poniendo su dedo blanco y diáfano como un rayo de luna sobre su pecho, hizo saltar de él una flor encarnada como un rubí y me la arrojó sonriendo. La reconocí con emoción; era la flor de trébol que su pié había tocado la víspera.

El órgano se calló, y mi alma volvió á caer de las bóvedas celestes á su estrecho encierro.

Casi en el mismo instante la puerta del salón se abrió de repente, y vi entrar á Matilde con el rostro pálido, las facciones trastornadas; andaba con tal rapidez que se habría dicho que se deslizaba por el suelo.

Se detuvo enfrente de mí, y sin mirarme, como si hubiese temido leer mi pensamiento en mi rostro, exclamó:

— ¿Con que os marchais?

Y en su voz, apenas acentuada al decir esto, vibraba una desesperación tan profunda que me llegó al alma.

Luego se dejó caer en un asiento donde se quedó inmóvil con los brazos colgando y la mirada fija en el vacío.

Entonces me arrodillé, tomé su mano y la apoyé en mi frente... por mis ojos corría un torrente de lágrimas.

Matilde siguió inmóvil y siempre en la misma posición; evidentemente no me veía.

— ¡Matilde! ¡Matilde! escuchadme.

A mi voz se estremeció y volvió la cabeza hácia mí; después, como yo continuara callado, ella me repitió con su voz desgarradora:

— ¿Con que os marchais?

— Sí, la respondí; pero antes de alejarme, necesito daros las gracias por la felicidad que he encontrado aquí.

Matilde me miró como si quisiera descubrir mi pensamiento.

— Cuando entré en esta casa, repuse, encontré en ella la calma de la conciencia y la inocencia del corazón; he admirado la unión de dos almas, de las cuales la una era toda confianza, la otra toda castidad. Os he comprendido enteramente, Matilde; he penetrado la poesía de vuestra naturaleza tan suave, tan profundamente simpática; me he prosternado en espíritu ante el hechizo y la pureza con que Dios os ha dotado. Así es que me vuelvo á París regenerado por el espectáculo de vuestro interior, y me llevo en el corazón imágenes que ninguna otra mujer profanará con su contacto, os lo juro, pues si he sentido desaparecer una por una todas las impurezas de mi alma, lo debo á vos, lo debo á la atmósfera de castidad que flota en esta morada como una emanación de vos misma, y que jamás ha sido alterada por el soplo de las malas pasiones.

La jóven me clavó una mirada con una expresión de ardiente gratitud, y luego volvió lentamente la cabeza. Yo proseguí diciendo:

— Volveré dentro de seis meses, contados día por día, Matilde; volveré para que de nuevo se temple mi alma con el espectáculo de esta inocencia y esta serenidad que hacen visible, digámoslo así, á los ojos de todos, la presencia del ángel guardián en vuestro hogar doméstico. Si no me veis... llorad por mí, pues eso querrá decir que la radiante imagen que me llevo como un talisman, se habrá borrado de mi corazón, y que mi alma, otra vez caída en el abismo, se habrá perdido para siempre.

Hubo un momento de silencio; después Matilde dejó caer de repente su cabeza en sus dos manos, y vi que corrían lágrimas por entre sus dedos.

Estuve á punto de estrechar sobre mi corazón aquella cabeza encantadora cien veces más bella aun en su dolor que no me había parecido con sus más graciosas sonrisas; estuve á punto de secar con mis besos aquellos ojos anegados en lágrimas; pero entonces la impresión que había recibido al entrar en aquella familia se apoderó otra vez de mí, y levantándome de repente, me alejé algunos pasos.

Casi en aquel instante entraron M. Wallenstein y Aurora.

Me he despedido de todos y parto mañana al amanecer para no hallarme expuesto á verla nuevamente. Parto pidiendo á Dios que la devuelva esa inocencia profunda, esa calma inefable, esa castidad del alma que son todo el perfume de esa flor sin el cual no podría existir. Que su corazón vuelva entero á su esposo, y que mi imagen salga de él para siempre; tal es mi deseo... y sin embargo, es el único amor verdadero, poderoso y puro que he sentido en mi vida. De todos modos conozco que la adoraré hasta mi última hora.

Hasta mañana, amigo mio.

CONCLUSION.

Seis meses justos después de esta última carta, el omnibus del ferro-carril se detenía delante de la casa de Matilde, y Alberto se apeaba y era recibido con todas las señales de la más viva amistad.

— Según la recepción, dijo el francés, se creería que me estabais esperando, y sin embargo no os había escrito mi venida.

— No, respondió M. Wallenstein; pero prometisteis volver dentro de medio año, y un presentimiento nos decía que habíais de llegar hoy.

Alberto entró apoyado en el brazo de M. Wallenstein, pues la emoción le hacía temblar. Este último, mirándole con más atención, exclamó:

— Habéis cambiado mucho, amigo; ¿habríais tenido alguna enfermedad?

— Sí, repuso Alberto con presteza; pero ahora estoy mejor.

Efectivamente, estaba muy pálido, y en sus facciones alteradas se veían señales de largos padecimientos; su mal estaba en el corazón.

Al entrar en el comedor, Alberto se quedó sorprendido viendo á M. Gormann con Karl y Aurora, y en medio una mesa suntuosamente servida. Pero Matilde no estaba allí; y Alberto lo observó con dolor.

— Principio por presentarnos dos nuevos esposos, dijo M. Wallenstein designando á Karl y á Aurora.

Y luego añadió sonriendo:

— Mirad si os esperábamos.

Y le mostró los nombres de los convidados escritos en papelillos que estaban sobre cada cubierto. El suyo se hallaba entre los de Aurora y Matilde.

El rostro de Alberto resplandeció de júbilo; al punto sintió que se disipaban las siniestras ideas que acababan de cruzar su mente. ¡La vería de nuevo!... Pero ¿en qué disposición de corazón y de espíritu? ¿Le habría olvidado? ¿Había recobrado el sosiego y la felicidad?

Por fin apareció Matilde trayendo de la mano á su niña.

Entró con la frente radiante de calma y de serenidad, más suave, más interesante que nunca. Se acercó á Alberto con una sonrisa encantadora, y le dió su mano que el jóven llevó á sus labios con un estremecimiento de felicidad.

— Me parece que estais un poco cambiado, M. Alberto, le dijo con un tono afectuoso y familiar, en el que despuntaba cierta inquietud.

— Ha estado enfermo, repuso M. Wallenstein.

— Sí, pero no ha sido nada, exclamó el jóven con presteza; ahora estoy casi restablecido.

— Nuestra niña ha estado enferma también, dijo M. Wallenstein, y de mucho cuidado, tanto que consideramos su curación como un milagro de Dios; ¡oh! seguramente, Dios ha querido protegernos en esta circunstancia.

— Sí, repuso Matilde con un tono grave y mirando á su hija con una expresión singular; sí, Dios la ha enviado esa enfermedad para sanarla luego, Dios que á menudo nos protege y nos salva aun en las ocasiones en que su ira parece caer sobre nosotros.

Y tomando á su niña en los brazos la besó con tal efusión de ternura, que Alberto la miró sorprendido, aun cuando conocía el afecto que la profesaba.

Durante la comida, M. Wallenstein dijo á Alberto:

— Vuestro cuarto está preparado, pues pensamos que permaneceréis algún tiempo con nosotros; ¿no es verdad?

— No, respondió Alberto, me marchó hoy mismo, pues me espera en la estación próxima un amigo con quien viajo y á quien he dejado para consagraros este día.

Todo el mundo insistió, pero inútilmente; el jóven se mostró firme en su resolución.

Después de la comida M. Wallenstein propuso como paseo el ir á ver los embellecimientos que había hecho en su cortijo desde la marcha de Alberto, proposición que este aceptó con alegría.

Al instante se pusieron en camino; M. Gormann y M. Wallenstein marchaban delante con la niña; seguían Karl y Aurora, y cerraban la marcha Matilde y Alberto.

Cuando llegaron á la entrada del bosque, sitio en donde tantas veces se habían detenido, el jóven señaló con el dedo una cuesta de yerba, y sacando al mismo tiempo del bolsillo una carterita, la abrió y enseñó una flor ajada y sin color alguno, pero que en su forma se reconocía era una flor de trébol.

— Mirad, dijo á Matilde.

— Os pido que la arrojeis, exclamó la jóven.

— ¡El único recuerdo que tengo de vos!... ¡Oh! Es imposible.

— Sí, es un recuerdo; pero un recuerdo de un día de turbación y de error, del cual entrambos debemos desear que desaparezca hasta el último vestigio. Arrojad esa flor, y en cambio de ese sacrificio os daré otra cosa que sin cesar os recordará el único sentimiento de que debemos estar penetrados el uno por el otro.

— Lo haré, puesto que lo queréis, dijo Alberto con un acento de profunda tristeza.

Entonces la jóven le entregó un libro que llevaba en la mano desde que había salido de casa; era una Biblia, y al dársela le dijo:

— Volved la primera hoja.

Alberto volvió la hoja y leyó lo que sigue: « A mi mejor amigo Alberto M..., Matilde de Wallenstein. »

— ¡Ah! gracias por esa amistad, exclamó Alberto; ¡no podríais creer cuánto agradezco ese título de amigo!

— Y ahora, repuso Matilde, voy á contaros cómo he curado de un sentimiento que amenazaba emponzoñar mi vida. Se ha necesitado un milagro. Ya sabéis que mi niña enfermó de peligro, desgracia que cayó sobre nosotros algunos días después de vuestra salida. Yo me hallaba enteramente dominada por aquellas nuevas impresiones que había sentido; no había una hora en mi vida que no estuviese consagrada á recuerdos que yo habría debido rechazar con fuerza, que no me atrevía á confesarme sin rubor, y de los cuales mi alma no podía ya desprenderse. Por fin, mi naturaleza se minaba lentamente, marchaba á la muerte ó á la locura quizá por una pendiente rápida, inexorable, cuando se declaró en mi hija esa enfermedad horrorosa. Entonces consideré esta catástrofe como un castigo del cielo; era una áncora de salvación que me arrojaba la Providencia. El mal que padecía mi niña exigía esos cuidados constantes, asiduos, minuciosos, para los cuales son menester todo el celo y toda la inteligencia de una madre. Durante veinte días y veinte noches no me aparté de la cabe-

cera de su cama, preocupado mi ánimo con este pensamiento supremo y único: la vida de mi niña. Todo desapareció ante las horribles alternativas de esperanza y de temor por las que pasaba cien veces en un día. ¿Vivirá, ó morirá? Tal era la idea fija hacia la cual estaba tendido mi espíritu. Por último, me dijo el médico: ¡Está salvada! Al oír esto caí en los brazos de mi marido que había sido partícipe de mis angustias y de mis fatigas, y cuando ya en esta seguridad sentí que renacían poco á poco todos los recuerdos y todas las sensaciones que habían estado comprimidas en la violencia de mi dolor, comprendí mejor que nunca quizá la nobleza de vuestra conducta, pero reconocí al mismo tiempo que Dios se había compadecido de mí, y que estaba salvada.

Hubo un instante de silencio, y despues Alberto murmuró:

— ¡El amor materno! sí, lo comprendo, pero ¿y yo?

— ¡Vos! exclamó Matilde estrechándole la mano, habéis sido demasiado generoso para no encontrar también la calma y la felicidad.

Alberto meneó tristemente la cabeza.

— No desesperéis, amigo mio, repuso Matilde; la Providencia tiene recursos tan maravillosos como inesperados.

Habían llegado al cortijo que M. Wallenstein enseñó detenidamente con ese amor que tiene todo propietario por sus fincas, y luego regresaron á la población.

A la vuelta Alberto hubo de dar el brazo á la jóven Aurora, que se apoderó de él casi á viva fuerza, y durante el camino no cesó de hacer de su marido un gran elogio mezclado de chistosos epigramas. Llegado al umbral de la casa se negó á entrar en ella pretextando que temía faltar el convoy, y despidiéndose de todos se alejó rápidamente.

Un año despues Alberto escribía á su amigo una carta fechada en Atenas, cuyo contenido era el siguiente:

Amigo mio: la tristeza y el desaliento me siguen por todas partes; el cielo de la Grecia me parece monótono; su clima me es insuportable, su sol me entristece. He visitado las ruinas antiguas; las mas hermosas obras me han parecido vulgares, y me he burlado del respeto tradicional que profesan los hombres por esos montones de mármol. He querido estudiar, y al cabo de una hora he arrojado á lo lejos todos mis libros, preguntándome con estupefacción cómo podía haber hombres bastante locos para pasar la vida calentándose los cascos con las tonterías imaginadas por otros hombres. Me quedan el juego y las mujeres; el juego es una locura de salvajes; estos juegan por pedazos de vidrio, nosotros por metal; en cuanto á las mujeres, no hay mas que una para mí... ¡pero debo huirla!... ¿Qué puedo hacer para soportar esta mísera existencia? A veces lloro, y desearia llorar mas á menudo, pues son mis únicos instantes felices.

ALBERTO.

Un mes despues cerraba su correspondencia con su amigo con este billete:

Desde hace ocho dias disfruto de algunas horas de sosiego. He encontrado una pobre familia de pescadores griegos sumergida en la tristeza y en la miseria por la muerte de uno de los suyos; les he hecho aceptar una corta suma de dinero que es casi una fortuna para ellos, y he comenzado á tomar parte en sus faenas, no como un hombre de mundo que busca una distracción en medio de sus cuidados, sino como un verdadero pescador que no tiene mas medio de subsistencia que el producto de su trabajo.

Todas las noches me acuesto rendido de fatiga, pero casi contento al contemplar la felicidad de las pobres gentes que se figuran deberme mucha gratitud. Ignoran que á mí me toca bendecirlos, y que Dios ha permitido les encuentren para renacer á la vida.

Me verás cuando la herida esté completamente cicatrizada. — ALBERTO. C. G.

Apuntes de viajes.

LA REPUBLICA DE ANDORRA.

(Conclusion.)

También hablaba francés, pero con un fuerte acento catalán, que hacia sonar todas las vocales finales. Pero sus conocimientos no se extendían seguramente á las cosas de fuera de la república. De política y de los sucesos del mundo solo sabía lo bastante para preguntar si se había concluido la guerra con Rusia y si la China era una colonia inglesa. No sabía que la Inglaterra fuese una isla rodeada de mar ni si tenía mas buques que los mercantes que hacen el tráfico con Barcelona. Mostraba curiosidad y procuró informarse de las instituciones políticas de la Gran Bretaña. Sabía que la soberana tenía el título de emperatriz y que había allí grandes propietarios como en Andorra. Pero jamás había oído hablar ni de Parlamento libre ni de imperio chino, así como tampoco son conocidos en aquella region de los Pirineos los lores ni los comunes. Solo un nombre inglés vagaba en orgullosa individualidad por Andorra, y en ese nombre se fijó todo el interés del jefe republicano. «Nunca he oído hablar, dijo al fin, ni de la Cámara de los pares ni de la Cámara de los diputados de Inglaterra; pero ¿qué grande hombre es ese que llama Palmerston? » El nombre de lord Palmerston había sido oído por el jefe de un gobierno independiente,

para quien eran desconocidos los nombres de las dos mas ilustres asambleas de Europa.

Basta en cuanto á la vida interior de los magnates andorranos. Pero no es esta la única fase de su vida. Cinco veces al año, con motivo de alguna gran festividad de la Iglesia, se reúnen los veinte y cuatro representantes oligarcas en la aldea que la cortesía designa como capital para tratar de los asuntos públicos. Cada uno de los veinte y cuatro consejeros llega á caballo, y está ya preparado un establo con veinte y cuatro pesebres. Cada legislador coloca su respectivo caballo con sus patricias manos, oye misa en una capilla contigua á la sala de las deliberaciones, cambia su traje ordinario por otro mas ostentoso, caza perdices y faisanes en el verano y osos y zorras en otoño ó invierno, se regala por las noches con una especie de suntuosidad ciclopea, aprueba unas pocas leyes y no efectúa reforma alguna.

Tal es, poco mas ó menos, el punto mas alto á que ha llegado la civilización en Andorra. Apenas hay otra fase de la vida social que se halle fuera de la anterior pintura. Solo dos de aquellos oligarcas gozaban de mayores comodidades que el síndico, y estaban en disposición de proporcionar á un extranjero el moderado regalo con que se contenta un viajero en las montañas. Pero hay también propietarios de menor consideración que el síndico, que no difieren aparentemente del comun de los labradores, y que no son generalmente admitidos en la categoría de los senadores. Los labradores mismos no viven en casas, sino en chozas; duermen en pieles de osos que cazan ellos mismos, y están bajo el mismo pié que la gente del campo en Castilla. Los pastores de las montañas viven en chozas peores todavía, expuestas á los aludes y á la codicia de las zorras.

Apenas es necesario observar que en esta república la educación no se conoce casi. La mayor parte de los nobles andorranos firma todavía con su estampilla, segun el buen estilo antiguo del imperial fundador de aquel estado. En su propio lenguaje, que tiene sus diferencias dialécticas del catalán, no existe un solo libro, y la facultad de leer castellano y aun catalán impreso estará cuando mas confiada á los veinte y cuatro consejeros.

Esa facultad, sin embargo, no está muy ejercitada ó extendida, porque es dudoso que haya esparcidos mas de doce libros por todo el Estado. A los muchachos destinados al sacerdocio se les enseña, sin embargo, latin. La ignorancia general concede seguramente maravillosas ventajas á los conocimientos excepcionales: en Andorra cualquier humilde propietario que sepa leer manuscritos latinos y seguir correspondencias con los oficiales españoles y franceses de las respectivas fronteras, puede fundadamente aspirar al gobierno de la república.

En los asuntos eclesiásticos, aunque el pueblo es demasiado sencillo para ser escéptico, las reglas civiles son muy severas para permitir al clero intrusarse en las prerogativas del Estado. Entre el Consejo de Andorra y los prelados de Urgel hay una hostilidad perpétua. Hay en Andorra lo que suele acontecer en Austria, y toda pastoral del obispo de Urgel, que es al mismo tiempo su co-protector, que interviniese en los asuntos civiles de la república, sería inmediatamente quemada por los veinte y cuatro consejeros, que todavía tienen muy presente que Carlomagno les encargó, sobre todo, que fuesen libres. Los andorranos, sin embargo, son católicos fervientes, y al mismo tiempo fervientes republicanos, y este doble sentimiento es el que anima á toda la población del valle.

Hemos indicado ya la clase mejor de los edificios de Andorra. Es digno de notarse no obstante, que hay ciertas pretensiones de arquitectura en sus iglesias. No pocas aldeas francesas sobrepujarán á las de Andorra en punto á comodidades; pero hay muchas poblaciones considerables en Francia y en España que no tienen tan buenas iglesias. Al contrario de los primitivos cristianos de Oriente, de quienes decia san Crisóstomo que edificaban mejor sus casas y sus baños que sus iglesias, aquel piadoso pueblo consagra todo lo que tiene en arquitectura á la religion. El interior, por ejemplo, de la iglesia de Canillo, á donde la población, conducida por el síndico, va puntualmente á mañitines al salir el sol, es realmente hermoso y agradable. No faltan ni espacio, ni estilo, ni molduras, ni adornos; y es claro que los arquitectos de las iglesias debieron haber sido hombres muy diferentes de los que construyeron las viviendas de la república. Hay una circunstancia digna de comunicarse á los que procuran economizar espacio, aun en Inglaterra. La estufa forma la base del púlpito, y diré de paso que del grado en que se halle calentada, depende que sea una comodidad ó un tormento para el predicador.

Se ha indicado ya que el Consejo supremo es el único autor de las leyes, y una ordenanza para Andorra, proclamada desde Paris, sería recibida en el valle con sorpresa é indignación. Las leyes ahora vigentes se componen de doscientas á trescientas secciones lacónicas, que forman lo que sería un eufonismo llamar el *Corpus juris Andorrensis*. Esas leyes son administradas por abogados franceses y españoles, elegidos de los departamentos limítrofes y revestidos formalmente de funciones judiciales por el síndico; al paso que una marcial severidad y rapidez marca la ejecución de las sentencias en las causas criminales. Pero la humilde jurisprudencia de Andorra es seguramente peculiar, por el hecho de que, ni la legislación revolucionaria francesa sobre sucesiones, ni la division de la propiedad igualmente desarrollada en España, han trastornado en lo mas mínimo las antiguas disposiciones de la Constitución republicana. Los derechos de primogenitura subsisten en

su primitiva fuerza. Los bearneses y algutias otras razas montañosas de los Pirineos franceses se esfuerzan también por conservarlos; pero estando sujetos á la jurisprudencia francesa, se han visto reducidos á mantener la antigua organizacion de la primogenitura por medio de pactos de familia, al paso que los andorranos han conservado sus mismas leyes intactas.

Los ejercicios del campo son el mejor atractivo que Andorra puede ofrecer á un inglés. Cazar osos y zorras es el principal pasatiempo nacional. A decir verdad, sin embargo, es eso algo mas á propósito para los montañeses que para los que habitan las llanuras.

Otra de las cosas que dan mas animación á los habitantes de Andorra son sus fiestas religiosas, en las que toma también parte el bello sexo. En la festividad de algun santo, señalada en su calendario, se reúne la gente en un sitio solitario, donde en una capilla se dice una misa en cada aniversario de su titular. El resto del día es consagrado al baile, recreo á que los andorranos son todavía mas aficionados que sus vecinos, y á que difícilmente renuncian aun cuando no sea en dias festivos. Una verde pradera, una clara luna, un ambiente embalsamado y la fragancia que hace despedir el rocío de una noche de verano, son de por sí bastantes alicientes. El principal baile del pueblo es bastante insulso, pero peculiar de todo el valle y reputado de haber estado en boga en los tiempos de Carlomagno. Hay allí una fidelidad á la tradición en cosas pequeñas, que sería muy del agrado de Platon. Como este insiste en que todo Estado debe preservarse especialmente de innovaciones en la música y en la gimnástica, así Andorra ha resistido constantemente á la sustitucion que varias veces se le ha propuesto de sus duras canciones y severos bailes por la cadencia y la gracia de la vecina cataluña.

No es de extrañar que los compiladores de la pequeña historia de la república de que hemos hablado, hallen que está concluida su obra con haber reseñado los anales del Estado. Una vez descrito su gobierno doméstico, está escrito para siempre, y una breve reseña de Andorra en el siglo IX casi podría servir para el siglo XIX. Es una república tan desprovista literalmente de caminos, que no tiene una sola máquina sobre ruedas. Por la montaña y á lo largo de los valles corre una vereda que apenas sirve para caballerías, una mera senda, en unos puntos casi imperceptible y en otros medio obstruida por los desprendimientos de las rocas. El principal camino á la capital solo puede ser recorrido por hombres y caballos de piés seguros. El heno y el trigo son llevados en grandes serones sobre caballerías. Los productos y las ocupaciones de Andorra son pronto dichos. Las tierras altas son de pasto, las bajas de labor, y de este modo se divide la población entre el cultivo y los ganados. Sus manufacturas se limitan á telas y hierro: las telas, de las mas bastas que se conocen, el hierro trabajado probablemente por las primeras fraguas que se inventaron. Y este es el monumento nacional de seis siglos de paz y de una política de diez siglos y medio. ¡Lucida queda la venerable ilusión de que la estabilidad es una prenda de progreso!

Sin embargo, á despecho del aislamiento de este pequeño Estado, no parece que la naturaleza ha puesto en su camino otros obstáculos para el desarrollo de su riqueza que las condiciones que se consideran esenciales para su independencia. Un país que constituye un Estado distinto é igualmente murado por montañas de Francia y de España, es poco á propósito para el tráfico, pero sin esas barreras no podía haber permanecido libre. Bajo otros respectos, la bondad de la naturaleza contrasta grandemente con la pobreza del arte. En ningún distrito de Europa, al Norte de los Pirineos, produce frutos la tierra mas abundantes ni variados. Los ganados difícilmente pueden ser mejores; los carneros y las ovejas son corpulentos y finos. Los arroyos abundan en truchas y las minas en hierro, y aun cuando no hay carbon, los montes abastecen con leña á la población gratuitamente.

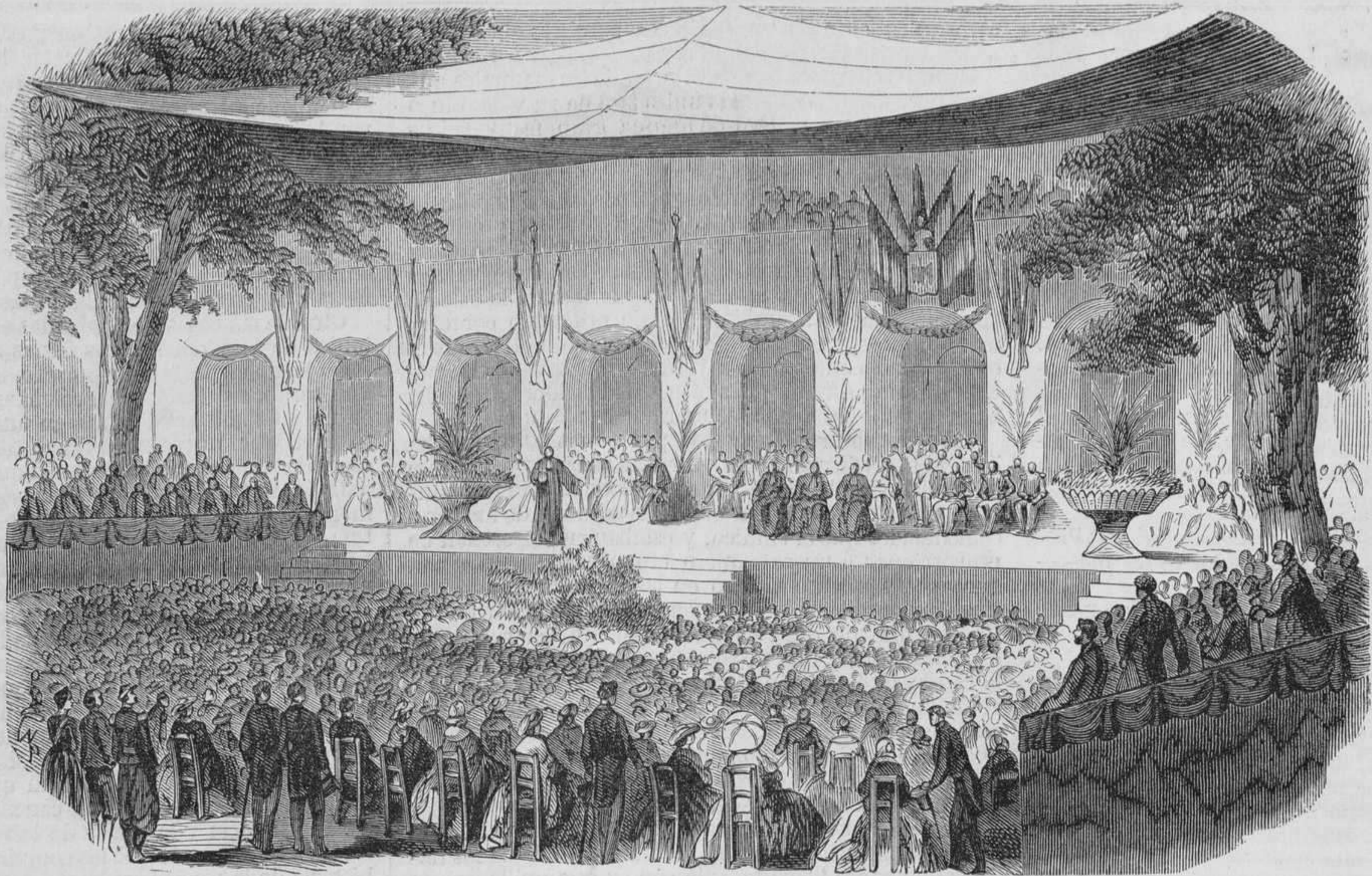
Debe observarse que un país rodeado de uno y otro lado por las fronteras de dos naciones igualmente celosas de sus derechos comerciales, sufre una gran desventaja artificial. Los gravosos impuestos establecidos en cada frontera perjudican al comercio de buena fe y sostienen un sistema de contrabando en su lugar. Esos arreglos son tan innecesarios para los Estados comarcanos, como perjudiciales para Andorra, puesto que el libre comercio limitado á las necesidades y á las exportaciones de una población de ocho mil almas, protegerá igualmente á unos y otros contra el contrabando sostenido por las formalidades del Estado interventor. Si algun inglés emprendedor quisiera comprar una hacienda en Andorra é introducir allí la agricultura y la energía británicas, sería el faro y el reformador del Estado; pero en comparación de esos patricios de diez siglos, ¡qué lamentable advenedizo sería ese emprendedor inglés!

Andorra es pues un Estado distinto en los términos de su representación y federación de todo otro gobierno federal ó representativo notable por sus tradiciones políticas, separado de toda comunicación ó relaciones sociales con Francia y España, y único en su clase. Parece haber florecido por mil años en su repudiación de todo principio de gobierno asentado por los filósofos políticos de la antigüedad, al paso que los modernos afectan mirarlo con desprecio. La anomalía en estos tiempos de un Estado como Andorra, justifican estos breves comentarios. Si sus hechos pasados son curiosos, mas interesante es quizá el espectáculo de una pequeña nacionalidad tan distinta como libre es su gobierno; un pueblo laborioso y una administración tosca; una tier-

ra que no tiene igual en la belleza de sus accidentes y en la sencillez de su raza; un fenómeno de pobreza social y de tradición conservadora; la perpetua infancia de las artes en constante antítesis con la perpetua prodigalidad de la naturaleza. Recomendamos pues esta pequeña república á los amantes de esas libertades insulares que van amenguando cada día con la formación de imperios y las violencias del poder, en la creencia de que en estos tiempos de usurpadora uniformidad y centralización, ningún baluarte de antiguas libertades puede considerarse tan humilde que no merezca ser notado, y que un pueblo que conquistó con su espada en la época de Carlomagno la independencia que conserva aun, merece en algún modo ser conocido.

Distribucion de premios en el liceo de Niza.

La distribucion de premios se ha hecho este año en Niza con una pompa inusitada. Bajo el régimen piomontés los alumnos tenían ocho meses de clase y cuatro meses de vacaciones, y á la conclusion de estas cada profesor distribuía los premios entre los discípulos que los habían obtenido, sin ceremonia de ninguna especie.



DISTRIBUCION DE PREMIOS EN EL LICEO DE NIZA EN 1861.

Nada excitaba pues la emulacion de los alumnos ni lisonjeaba el orgullo de los parientes. Este año ha sido muy distinto. El patio interior adornado con el mayor gusto gracias á los cuidados del provisor M. Chevriaux, estaba lleno de una muchedumbre elegante, en medio de la cual se distinguían el prefecto, el obispo, el alcalde, el general y las principales autoridades del departamento. El clero de Niza muy simpático á la Francia, había acudido en gran número á la distribucion.

Dos discursos han sido pronunciados, el uno por el rector de la Academia de Aix, M. Descloseaux, y el otro por M. Bertrand, profesor de retórica. Ambos fueron aplaudidos.

vid, la Santa Familia, los reyes Magos, la pasion entera, todo ello mezclado de lansquenets, mosqueteros y guardias franceses.

La procesion circula por la ciudad cantando salmos y tocando campanillas y carracas. Mas de dos mil devotos acuden cada año á esta fiesta que dura todo un día.

Hace diez años la procesion tenia un modo de marchar bastante extraño: daba tres pasos adelante y dos hacía atrás; pero despues se ha reconocido que se perdía mucho tiempo, y desde entonces se adoptó el sistema de marcha comun á todo el mundo.

P. P.

Procesion

EN FURNES

(Bélgica).

En 1630 un soldado de la guarnicion de Furnes robó una hostia y la quemó creyendo hacerse invulnerable con sus cenizas. Atormentado por el remordimiento, confesó su crimen y murió en la hoguera, y en reparacion de este sacrilegio se fundó una procesion que desde entonces tiene lugar todos los años.

Los miembros de la cofradía de la Sodalité abonan los gastos de esta procesion. Revestidos de sus sombríos hábitos de penitentes, ellos forman la mayor parte del cortejo en el cual figuran numerosos personajes copiados de la Sagrada Escritura: los ángeles, el rey Da-



LA PROCESION DE FURNES (Bélgica).

Francisco Deak,

DIPUTADO HÚNGARO.

El nombre de Francisco Deak, el acérrimo defensor del partido nacional en la dieta de Hungría, es bastante popular en Europa para que creamos oportuno estampar aquí algunos detalles biográficos sobre la vida política de esta eminente personalidad que acaba de revelarse.

Francisco Deak, antiguo asesor en casi todos los comitats, miembro de todas las comisiones de los comitats, diputado del primer distrito electoral en Pesth, nació en Kesida, en el comitat de Zalaé. Como estudiante se distinguió en Raab, se dió á conocer como orador en las sesiones del comitat de Zalaé, fué nombrado diputado para la legislatura de 1832 á 1836, y mas tarde en 1840 se presentó á los ojos de todos como el verdadero jefe de la oposicion constitucional.

Todo le predestinaba para este papel: su fuerte lógica, su espíritu sagaz é investigador, su vasta erudicion, su modestia y su prudencia conciliadora. Hombre de un carácter amable, sabe contener en los límites debidos la apasionada elocuencia de sus adversarios.

Todo el país tiene confianza en Deak; los males que el año 1848 produjo en Hungría, no debilitaron en lo mas mínimo esa popularidad.

El carácter de Deak es la convicción; la fuerza, la precision, la profundidad de su lenguaje, nunca dejan de producir efectos poderosos y decisivos.

En política á pesar de su pru-



FRANCISCO DEAK, diputado húngaro.

dencia, es de una firmeza no desmentida un instante, y ha dado pruebas de su integridad y de la severidad de sus principios. En 1843 dejó su puesto de diputado por no hablar y votar contra sus convicciones. Enemigo de las revoluciones, desaparece cuando surgen las tempestades y la guerra civil. Su mal estado de salud no le permitió aceptar la diputacion para la importante legislatura de 1847. Sin embargo, habia conservado activas relaciones con el partido liberal, y en abril de 1848 entró en el gabinete formado por el conde Luis Batthiany, como ministro de la Justicia.

Los sucesos que tuvieron lugar en Hungría á fines de ese mismo año le hicieron entrar de nuevo en la vida privada.

La confianza pública le llamó despues á la escena política, y hoy es el hombre mas importante del movimiento nacional en su país, es el lazo moral entre la política austriaca y las aspiraciones liberales de los patriotas magyares.

Desgraciadamente este lazo acaba de ser roto, segun declara el rescrito imperial que disuelve la dieta de Hungría, á consecuencia de haber esta manifestado al emperador Francisco José, que el régimen constitucional que se la ofrecia no era bastante para satisfacer aquellas aspiraciones de los húngaros.

Deak ha sido el autor de esta manifestacion que ha venido á aumentar de un modo considerable su influencia, su popularidad y su prestigio.

L. L.



BANQUETE DADO POR LA COLONIA ITALIANA DE CONSTANTINOPLA CON MOTIVO DE LA PROCLAMACION DEL REINO DE ITALIA.

¡Todo mi corazón!

Estos los versos son, los dulces versos
Escritos de su letra y de su mano;
Los versos, sí, que á cada instante aplico
Ciego de amor á mis ardientes labios!

¡Ah! sobre este papel pasó sus dedo,
Y sus ojos sobre él también pasaron!
¡El de sus dedos la señal conserva,
El de sus ojos guarda e dulce llanto!

Que ella sabe gemir, y ella amar sabe:
Gemir y amar con el laud sagrado
Con que al eco del Leucade siniestro,
Cantó su amor la hermosa y triste Safo!

¡Oh! ¡tú sabes gemir y amar tú sabes!
¡Oh! ¡tú cantas amor y amor yo canto!
¡Mas ay! ¡nunca tu amor y el amor mío
Un rayo harán su doble opuesto rayo!

¡Nunca, á tu lado, con el son del remo
Nuestro mutuo cantar acompañando,
Tu voz oiré sobre la pobre barca
Do bajo el río de mis turbios años!

¡Oh! cuando junto á tí, mudo y ombrío,
De amor me ves y de dolor llorando,
¿Porqué cual lloro yo también no lloras,
Y no me amas como yo te amo?

Cual muelle son de música lejana
Es el son de tu voz, dulce DELINA;
Y tu mirar, como el del sol que muere,
Mi enamorado corazón alivia!

Cuando mi mano estrechas con tu mano,
Cuando mis ojos con tus ojos miras,
Y de mi alma al mas profundo seno
Siento llegar tu penetrante vista;

Un ángel pienso ver de negros ojos
Que con sus alas manso me acaricia,
Y que fugaz á revelarme baja
El fin oculto á donde va mi vida!

Y si tu voz, sonando en mis oídos,
Mi ser ensancha y de placer lo agita
Pienso escuchar la voz que entre los cielos
Modula al son de las eternas liras!

¡Ah! cuando llegue ya mi postrer hora,
Y sudor tibio bañe mis mejillas,
Y ángel de amor, por tu divino nombre,
Congojoso te llame en mi agonía;

Sobre mi frente moribunda entonces
Una lágrima vierte compasiva;
Vuelve á cubrirme con tus blancas alas,
Y hermosa alumbra de mi muerte el día!

¡Oh, si me amaras tú! — Yo, si me amaras,
Mi corazón te abandonara todo;
Mi corazón maravilloso, inmenso
Sin límite en su amor sin fin, sin fondo!

¡Ay! de mi amor las comprimidas llamas
Vieras salir en manantial furioso,
Ceban en tí sus insaciables fuegos,
Y al cielo alzarse en grande lengua de oro!

¡Oh, si me amaras tú! Tú sí podrías
Mi alma alegrar y serenar mis ojos,
Y con tu amor suplir en mi existencia
Al tierno padre que incesante lloro!

Unidos y cantando, de la vida
Sureáramos el mar, del tiempo al soplo;
Y unidos y cantando, Dios nos viera
Salir del mundo y dar el vuelo a otro!

¡Oh! ¿nunca me amaras? ¿querrás dejarme
Siempre gemir, adolorido y solo?
¿Querrás dejarme triste entre los hombres
Siempre vagar con abatido rostro?

¿Y al amigo infeliz que te amó tanto,
Que te amó con amor tan prodigioso,
Lo dejarás que llora sin consuelo
De su orfandad el hórrido abandono?

¡Ay! yo huérfano soy: mi noble padre
Huyó por siempre de la faz del mundo;
Que de la mano asido con la muerte,
Bajar lo ví las gradas del sepulcro!

Yo llorando le dí mi último abrazo,
Él su postrera bendición me impuso,

Y el tiempo huyó dejando entre hoy y entonces
Inmenso espacio que hacía atrás descubro!

Y hoy... todavía... mi tenaz memoria
Me pinta al vivo aquel semblante angusto...
Y hoy... todavía... cuando así lo miro,
Mi triste faz de lágrimas inundo!

¡Oh, padre mío! cuando en honda noche
Del Monserrate á la alta cumbre subo;
Y allí, de pié, me miro en torno envuelto
Del vacío ma del horizonte oscuro;

Y rodar oigo en el confin remoto
La sorda voz del huracán nocturno;
Y á mi lado, siniestro y repentino,
Con su agrio grito me sorprende el buho;

Yo entonces pienso en tí: yo entonces pienso
Que por mí vienes impalpable y mudo,
Para conmigo hundirte en el abismo
Del Ente Primo, Inmenso, Solo y Uno!

JOSÉ EUSEBIO CARO.

BOLIVIA**COLONIZACION Y AGRICULTURA**

POR LEON FAYRE CLAVAIROS, CONSUL GENERAL DE FRANCIA, ENCARGADO DE MISION EN BOLIVIA, Y VERTIDO AL CASTELLANO POR MANUEL JOSÉ TOVAR.

(Conclusion.)

El tabaco no existe sino en estado de promesa, pues que la producción no satisface el consumo. La seda reclama un emplazamiento mucho mas largo para figurar entre los artículos de retorno. Pero hay un ramo de producciones inmediatamente realizables, y cuyo abandono no podemos explicar sino por el descuido que acompaña á los intereses materiales. Queremos hablar de las lanas y de los cueros.

El señor Dalence (1) nos manifiesta que en 1846, el valor de estos dos artículos se había elevado á 174,500 pesos. Este valor representa lo que fué aplicado al consumo interior, porque no se exportan ni lanas, ni cueros. Pero recuérdese bien que el mismo estadista valúa el número de corderos en 3.000,938, y las llamas 836,842, ó sea un total de 3.837,780.

Ahora bien, en Europa se calcula en dos francos el producto anual del esquila de un cordero, y podemos admitir esta misma cifra para la llama; su lana es mas grosera, pero su abundancia puede compensar la diferencia de finura. Sería pues un producto anual de 1.535,108 pesos, que Bolivia sacaría de sus rebaños, operando un trasquileo regular.

Aun una observación sobre los cueros. — Segun el señor Dalence, se matan anualmente 117,280 vacas ó bueyes, 16,335 becerros, 441,709 carneros, 83,429 llamas, 187,928 cabras.

Las pieles de buey se venden de dos á tres pesos y las de becerro á peso. Creemos estar en la verdad estimando á un real las pieles despojadas de los corderos, llamas y cabras. Debería tenerse pues un producto de:

| | |
|-------------|-------------------------------------|
| 234,560 ps. | para las vacas. |
| 16,335 ps. | para los becerros. |
| 89,133 ps. | para los carneros, llamas y cabras. |

Total. . 340,028 ps. (2).

Admitiendo la producción y el consumo actuales, las lanas y los cueros deberían dar pues un total de 1.865,136 pesos. ¿Cómo es que el señor Dalence no indica sino una suma de 164,500 pesos.

Hay para ello dos razones que tienen el mismo origen. En ninguna parte se ejecutan trasquileos regulares. Los indios, como tenemos dicho, toman del bellón de los corderos y de las llamas lo que les es necesario para los sacos, ponchos y vestidos groseros tejidos en la Puna. Las demás pieles sirven de lechos ó de caronas, y sus restos cubren la entrada del menor pueblecito. ¿Porqué recoger por otra parte una lana cuyo precio de transporte la haría invendible? Somos fatalmente arrastrados á la misma cuestión de caminos sin los que toda agricultura muere. ¿Podría figurar la vida en un cuerpo sin circulación de sangre? Este es sin embargo, el estado agrícola de Bolivia.

El mismo obstáculo impide sacar un partido de los cueros. Hemos dicho que la mas grande producción del ganado mayor tenía lugar en los departamentos del Beni y de Santa Cruz. Las cortezas de curtimbres abundan allí, y la preparación se haría rápidamente y con buen espendio. Pero cuesta menos caro sacar cueros del Tucumán que del Beni, y á falta de comprender sus intereses, Bolivia deja cerrarse todas las fuentes de riqueza que la Providencia parece haberse complacido en prodi-

(1) Dalence, pág. 280. — En Bolivia la lana del cordero y la de la llama se venden al mismo precio.

(2) No hablamos de los cueros de los caballos, mulas y asnos que no se utilizan en ninguna parte. Los cóndores y los perros devoran hasta el cuero en la soledad que están botados.

gar á su suelo. ¿Quién no ve entre tanto, que aun sin variar las condiciones de su industria, sin plantar un pié de tabaco, sin exportar un grano de café ni una pepita de cacao, Bolivia, que devora hoy día su capital acumulado, podría poner sus pagos al nivel de sus compras con solo hacer caminos que permitiesen la exportación de sus lanas y de sus cueros? (1).

Los europeos cuya existencia es laboriosa y para quienes el trabajo constante es una necesidad, no pueden darse razón del desperdicio de fuerzas que tiene lugar entre estos pueblos nuevos extraños á las necesidades de la civilización, y que se sostienen por el mismo exceso de la sencillez de sus costumbres. Cada goce es entre nosotros el resultado de un trabajo, y la primera de las satisfacciones en América parece consistir precisamente en sustraerse á esta ley tan inflexible en Europa. Es lo que explica la apatía general y el poco resorte de la opinión pública. No es en nuestro hemisferio, donde cada día una mejora nueva sale del crisol de la ciencia y de la industria, que se vería á un Estado enriquecerse con un producto sin que su vecino buscase los medios de asimilárselo y de hacer competencia al primero. En América se obra de otra suerte. El Perú cria con buen éxito la alpaga, ruminante de finísimo bellón, cuya lana tiene tanto precio en los mercados de Inglaterra (2). Hemos visto numerosos y familiares rebaños de este precioso animal pastando en las orillas de la laguna de Titicaca. ¿Porqué basta pasar el desagadero para no encontrar una sola alpaga? ¿Porqué echando nuestras miradas hácia el pasado, se nos hace una precisión el encontrar la superioridad constante del inca sobre el español?

La lana de la llama que servía para tejer los vestidos del indio, no era considerada como digna de la grandeza del inca y de su real familia. Era de la vicuña de donde se sacaban los materiales para fabricar los blandos tejidos que solo el soberano tenía el derecho de usar. Pero este gracioso animal adquiere en la domesticidad una melancolía que no ha podido ser vencida de ninguna manera. No se reproduce sino en la libertad de las alturas nevadas, y ninguna cria regular es posible que esté en la esclavitud. La bala del cazador es la que actualmente conquista sus despojos, y hay lugar de creer que esta raza elegante ha mermado considerablemente desde la conquista. Los incas no hacían matanza inútil. Ellos habían observado que cuatro años eran necesarios para que el pelo de la vicuña llegue á su mejor crecimiento. De consiguiente habían dividido cada provincia en cuatro partes, donde la caza se practicaba sucesivamente. Grandiosas eran aquellas alegres expediciones donde el pueblo tenía también su ganancia. Se reunían veinte á treinta mil indios que rodeaban esperecidos un espacio de poco mas ó menos treinta leguas de circunferencia; todos se adelantaban hácia un centro determinado y escogido entre los lugares descubiertos sin peñascos ni precipicios; andaban lentamente, registrando los bosques, arrastrándose en las cuevas, trepando hasta las cumbres mas agudas, botando todo delante de sí, y tratando de estrechar siempre el círculo hasta que por fin llegasen al punto de la cita, donde podían (segun dice Garcilaso con una graciosa sencillez) tomar la presa con la mano. Era entonces una escena extraña y sorprendente. Las leyes que rigen la vegetación en estas latitudes alcanzan al reino animal. Si las cumbres producen las legumbres de Europa ó el musgo de los Alpes, mientras que el fondo de las quebradas verdea bajo la ondulación de la caña dulce, se ven también las vicuñas y los huanacos pastando en las mas altas regiones, mientras que á una distancia de pocas leguas, donde se balancea la palma, ruge el león y se arrastra el tigre. Así resultaba de una caza de esta clase la mas espantosa mezcla de animales feroces y tímidos. Los leones, los tigres, las panteras, los linces, los osos, los zorros y otros animales feroces, espantados por los gritos de los indios y su amontonamiento siempre creciente, parecían haber olvidado sus instintos salvajes, y huían des-pavoridos por enmedio de los gamos, de los venados, de las vicuñas y de los huanacos. Por fin, se hallaban estrechados en el círculo fatal, y heridos como de un vértigo, se dejaban matar sin defenderse. Luego desollaban las pieles á cuantos habían muerto. Los caciques y sus indios se repartían las pieles que servían mas tarde para los disfraces acostumbrados en sus fiestas. Después, cuando se había matado todo lo nocivo que tenían los valles y los cerros, se procedía á la repartición de las presas. Hecho todo esto se largaban los chicos, todas las hembras en estado de parir y un número suficiente de machos vigorosos. El resto se descuartizaba para el gigantesco festín que coronaba la caza. La misma regla se observaba respecto de las vicuñas y de los huanacos. Solo antes de darles la libertad se les trasquilaba con cuidado, y sus despojos se iban á amontonar en los tampus. Garcilaso asegura, que el número de las presas en cada expedición ascendía á mas de cuarenta mil cabezas. ¿Qué opulento monopolio hubiera podido asegurarse la España, y qué infinitas fuentes de riquezas hubieran brotado para ella, si Pizarro hubiese hecho un tratado de alianza con Atahualpa en lugar de asesinarle! Pero esta civilización peruana, toda hecha de la sapiencia misteriosa de Manco Capac, ofrece la singular circunstancia de haberse abismado también toda entera en

(1) Hemos dicho arriba que el déficit de la producción de Bolivia sobre sus compras era de 1.141,658 pesos. El producto de las lanas y de los cueros, segun los datos de 1846, siendo — después de deducir 164,500 pesos — de 1.710,636 pesos, el déficit estaría cambiado en bonificación y la ruina en un progreso anual.

(2) Nos parece que la alpaga que se domestica fácilmente se criaría muy bien en las serranías frias de la Argelia.

la tumba del último inca. La tradición gubernativa se hallaba concentrada en la familia real de cuyo foco se esparcía toda luz. La codicia suspicaz de la España todo lo sofocó en los tormentos del último vástago de aquella ilustre raza cuya obra quedó envuelta en el caos.

Ya es tiempo de resumirnos y concluir. En nuestra primera obra (1) hemos demostrado que Bolivia posee las mas magníficas vias navegables que hayan sido creadas para la fecundación de un territorio virgen y opulento. Además, hemos probado que sus riquezas minerales y vegetales estaban al nivel de lo grandioso de los canas naturales cavados para su transporte. Con el dedo sobre el mapa hemos señalado el camino á la especulación inteligente de la Europa, manifestado, cuanto era posible, el lado práctico de estas regiones tan poco conocidas, puesto en todo su brillo las ventajas de la navegación del Bermejo.

Cuando los portugueses descubrieron el pasaje á las Indias por el cabo de Buena Esperanza, sobrevino una revolución comercial. Chile y la costa del Pacífico deben su prosperidad á los atrevidos marineros que arrostraron las tempestades del cabo de Hornos. ¿Quién podrá decir qué revolución traerá la proyectada apertura de los istmos de Suez y de Darien, reconquistando el tránsito por los esfuerzos de la ciencia moderna? Lo mismo sucederá para Bolivia en una escala menos vasta. La supresión de la cordillera entre ella y la Europa no es un hecho cuya ventaja deba quedarle personal. Cuando aquellos viajes llenos de privaciones en que los hombres y las bestias no hallan ni agua ni alimento, en que se encuentran recuas enteras heladas por una nevada con sus arrieros muertos al lado de sus cargas; en que la multiplicidad de cruces fúnebres y el amontonamiento de los esqueletos de las bestias de carga dan la medida de los peligros y de los sufrimientos que allá se encuentran; cuando á aquella vía que es la de Cobiya, se habrá sustituido el camino fácil, abundante, rápido que vendrá á parar á los steamers del Bermejo; ¿quién no ve que la civilización se derramará sobre este país hoy tan inaccesible, y lo transformará por las maravillas de la industria y de la máquina, por la seducción irresistible del ejemplo que la inmigración trae consigo? Pero antes de fecundar el suelo actualmente refractario de Bolivia, la especulación europea habrá atravesado las pampas argentinas, surcado los rios que la riegan. Pues así es como todo se encadena lógicamente en los designios de la Providencia, y como esta ley de solidaridad entre los pueblos está consagrada por los hechos, los mas humildes en apariencia, pero que todos tienen su utilidad práctica y su peso relativo en la balanza divina. Tenemos la convicción que, despues del triunfo del derecho por el que las potencias occidentales han empeñado una lucha generosa, la Europa gozará de una paz asegurada. El resultado de este descanso despues de la victoria será un inmenso desarrollo de todas las fuerzas financieras é industriales comprimidas durante el combate (2). La América meridional, con sus tesoros, su magnífica vegetación, su temperamento variado que corresponde á todos los climas de la Europa, no podrá dejar de atraer la especulación seria. Bolivia, este país tan poco conocido que un ministro de Relaciones Exteriores de Luis Felipe preguntaba al representante de esta república si Quito era su capital; Bolivia, decimos, se presenta en la última perspectiva con su tránsito asegurado, existente, de quince mil toneladas de importación. Para conquistarlo, duplicarlo por el retorno, para decuplicarlo por la introducción de la máquina, la empresa comercial que navegará el Bermejo, la que echará rails desde el Otuquis hasta Chuquisaca, atravesará desiertos, pampas inmensas, montañas inagotables; pondrá á descubierto vetas de plomo, de cobre, de oro y de plata. ¿Acaso la experiencia no enseña que sobre el tránsito de un ferro-carril las explotaciones agrícolas se forman, los terrenos se cultivan, los montes se explotan, los puertos se cavan, y que de consiguiente sucederá aquí indudablemente que poblaciones nuevas reemplazarán al indomable Toba y á los salvajes pamperos cuyas incursiones hacen temblar en la actualidad á los Porteños? La civilización no anda sino sembrando en su alrededor los beneficios que son como su celeste emanación. Poco importa la senda que ella escoja; poco importa cual sea el obrero, cuyo brazo se arma para destruir el obstáculo en el momento preciso. La civilización alcanzará á Bolivia que hoy no hace mas que vislumbrarla, pero no llegará sino fecundándolo todo en su tránsito. Y por una coincidencia muy notable, en el momento en que los gobiernos en Bolivia parecen haberse condenado á una existencia vegetativa, en que la clase ilustrada, magullada por la persecución pasada, parece avenirse con esta atrofía que si quiera le permite respirar el aire natal, se forma por debajo una opinión pública, tímida aun, desconfiada de sí misma, pero que crecerá y que quizá salvará su país. No queremos hablar del indio reducido por la conquista al estado de un ruminante que paga su tributo y masca la coca. No es por cierto que le falta la inteligencia; pero la ley civil lo pone fuera de todas estas agitaciones, de todas estas esperanzas. El no comprende qué ventajas le pueden resultar de una intromisión cualquiera, y la ausencia de todo interés explica su apatía. Hemos advertido estos síntomas de regeneración en esta clase intermedia que se llama los cholos. Hasta hoy la cholada

había servido de instrumento para allanar á la ambición el camino del poder; era una fuerza puesta en juego en el momento decisivo; una poderosa cuchilla cuyo puño estaba en manos de la raza blanca y que volvía á su vaina despues del combate. Ya ha llegado el día en que ella se cuenta y se pregunta qué provecho ha sacado de su intervención. El ruido lejano de la civilización llega hasta ella y la conmueve. Quiere para sus hijos una instrucción mas real, ventajas mas positivas. Será una palanca enérgica cuando la parte joven é ilustrada de la nación reemplace en el poder la negación por la acción. El ejemplo de las provincias argentinas debe ayudar poderosamente á este resultado. Aquella república, desgraciadamente fraccionada en dos partes, — pero que un interés recíproco no puede dejar de reunir en una sola, — camina á grandes pasos en la senda del progreso. Ella comprende que será la primera en aprovechar los beneficios de la inmigración, y parece que se apura en ganar el tiempo perdido durante los veinte años de la dominación de Rosas. Hace dos años que ha creado diligencias que ponen en comunicación todas sus provincias; votado un ferro-carril que debe hacer competencia á la vez al estrecho de Magallanes y á Panamá para el abastecimiento de Chile; decretado leyes liberales respecto de la admisión de los extranjeros; ensayado de un modo anchuroso los métodos mas avanzados para la circulación y el crédito; tomado posición para todas las mejoras que pueda conquistar el porvenir. El ilustre vencedor de Monte-Caseros, el general Urquiza, ha dado á la civilización una impulsión digna de su alta inteligencia y de su ardiente patriotismo. Ha encontrado en los hombres eminentes que le rodean un apoyo tan ilustrado como enérgico. Diríase que aquella noble nación quiere protestar con milagros contra la brutalidad del despotismo que ha sacudido á costa de tanta sangre derramada. ¿Qué le falta pues aun para inspirar en Europa esa confianza que atrae los capitales, y obrar con el influjo de todo su buen éxito sobre Bolivia que se halla tan interesada en la realización de tantas mejoras? Ya lo hemos dicho al principio de esta obra, y lo repetimos porque deseamos valientemente el bienestar de esta joven América tan valerosa y tan desgraciada hasta ahora. Abundantes son los tesoros, y creemos haber probado que especialmente en Bolivia el colono encontrará el mas seguro manantial de utilidades en las necesidades cuya satisfacción es la mas inmediata. Pero antes de todo es preciso que el día de mañana no sea incierto; que una lucha imprevista no venga á destruir una garantía dada por la víspera; que el poder, en una palabra, tenga una existencia mas larga y menos disputada.

Si en el curso de este exámen hemos pronunciado algunas palabras severas, si hemos puesto á descubierto llagas ocultas, lo hemos hecho como el médico concienzudo que quiere y busca la cura. Hemos indicado el remedio á la vez que la herida, hemos manifestado los manantiales de riqueza que deben llevar á Bolivia hasta una altura que hoy parece un sueño; tenemos fe en su porvenir, y no dudamos que, sentada la autoridad de un modo mas sólido é interviniendo mas activamente la acción de la opinión pública, las jóvenes repúblicas del Sud verán desarrollarse los gérmenes de prosperidad que encierran, con un vigor y una rapidez de expansión que harán de la América meridional una afortunada rival de su hermana del Norte con un sol mas hermoso y costumbres mas simpáticas.

Revista de la moda.

SUMARIO. — De los casinos de los baños de mar. — El Casino de Fecamp. — Un millonario desesperado. — Grandes bailes de verano. — Enumeración de varios trajes de baile. — El fichu emperatriz. — Dos trajes de playa y un prendido de baile. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de la temporada.

Los casinos de los baños de mar son redes donde se pescan maridos; son como la California del amor. Nada inclina mas á las meditaciones que el soberbio espectáculo de las olas. Aunque los placeres se suceden sin interrupción, siempre queda tiempo para aburrirse y para suspirar. ¿Como distraerse, cómo matar las horas? Contemplando las niñas bonitas que se pasean por las playas.

Balzac habria debido escribir en su Fisiología del matrimonio un capítulo sobre los baños de mar. ¿Qué estudio! Cuando una mujer resiste en el corazón de un hombre á una temporada de baños de mar, ya puede decir que será amada largo tiempo. No hay disimulo posible. En traje de baile se puede desplegar cierto artificio, pero en traje de baños de mar es otra cosa.

Acaba de pasar en el Casino de Fecamp, donde me hallo yo instalada, una anécdota amorosa bastante dramática. Entre los bailarinas mas ó menos pretenciosos se encontraba un advenedizo que habia ganado en el comercio de paños unos tres ó cuatro millones de fortuna, lo que no es de desdeñar en los tiempos que corren. Pero nuestro millonario era mas grueso que Sancho Panza y ridículo como un hombre que se cree seguro de agrandar porque lleva diamantes muy gordos en la pechera y los bigotes afilados en punta. Además, tenia la pretensión de ser un elegante bailarín, y todos los sábados en los grandes bailes andaba dando vueltas en torno de las señoras mas lindas del Casino sin poder obtener jamás una contradanza. Todas le respondían que estaban invitadas de antemano. Varias de las bailarinas habian hecho sobre su corazón una impresión profunda, y justamente eran estas las que mas le desdeñaban. Por fin, el hombre, conociendo la inutilidad de sus esfuerzos, acabó por desesperarse. Entre las

desdeñosas se contaba una joven de diez y siete años con quien él habria deseado casarse, pero á esa edad raro que una niña quiera comprometerse con un hombre de mas de cincuenta.

Viendo que no podia obtener una sola mirada, el infortunado millonario resolvió arrojarle al mar; pero su suerte es tanta que las olas, despues de haberle columpiado caprichosamente, le vinieron á depositar sano y salvo sobre las arenas de la playa.

Desde que tomó este baño providencial, ha entrado en razón y ha comprendido que el dinero no es todo en este mundo para conquistar los corazones.

Puesto que hay baile todos los sábados en el Casino de Fecamp, justo será que os hable de los hermosos y elegantes trajes que allí se hacen; cualquiera se creeria en Paris á hallarse en una de esas fiestas.

Las señoras llevan vestidos de encaje de Chantilly y de encaje de Inglaterra; Fecamp acabará por rivalizar con Dieppe.

Describiendo algunos vestidos, indicaré cómo son las actuales modas.

El sábado último Mlle de Tocqueville parecia una hada. Su vestido blanco de gasa estaba sembrado de luciérnagas de oro y de fuego, y en su hermoso cabello peinado á la Cérés, en torno de su frente de diez y siete años, ostentaba una corcha de florecillas silvestres esmaltadas de gotas de rocío.

Mlle D.... llevaba un sencillo vestido blanco de tarlatana guarnecido con un gran volante. El corpiño era de draperías por delante y detrás. En su espléndida cabellera llevaba prendido de lado un ramillete de claveles blancos.

Madama L...., persona elegantísima, lucía un vestido de tarlatana con fuelles rosados y blancos; la corona era de claveles de estos dos colores.

La condesa de C*** un vestido de tarlatana ilustrado de tafetan malva, y el pelo en rizos caídos por detrás.

Madama de T*** un vestido de moaré antiguo malva, con fichu de rico encaje de Chantilly y aderezo de diamantes.

La condesa de B*** un vaporoso vestido de muselina de la India con volantes forrados de tafetan color de rosa.

Madama de G... un vestido de tul blanco con ruches de tul polvoreadas blanco y negro en el bajo del vestido, y volantes de encaje negro puestos en forma de manto de corte con lazo de tafetan malva. En el cabello adorno de plumas blancas con diamantes.

Hé ahí mi catálogo de actualidades: el mes próximo podré dar noticias de novedades de otoño y de invierno.

Hoy me queda que hablar todavía de un precioso fichu llamado fichu emperatriz, comunicado por la condesa Walewska á las señoras del gran mundo.

Este fichu es de cachemira doble orlado de terciopelo y de encaje. Es bastante largo y cae justo al talle por detrás; una de sus puntas pasa sobre la cabeza y se anuda bajo la barba.

Antes de entrar en la descripción del figurin, voy á señalar dos trajes de playa.

Pero olvidaba, y habria sido lástima, un traje azul que he otografiado en el baile que tuvo lugar el día de la Asunción. Este vestido, de tafetan azul, llevaba seis pequeños volantes en el bajo de la falda, guarnecidos de una cinta blanca que subia por un lado cortando el vestido al través. Este adorno artístico es sumamente elegante. El cuerpo llevaba una berta de tul ilusión con cuadritos de terciopelo azul. Esta especie de gorguera estaba guarnecida con dos volantes como los de la falda, y presentaba un follaje de rosas en medio del pecho y sobre los hombros remataba en una rosa abierta. Albornoz árabe de tela blanca argelina con borlas oro y blanco. Adorno de rosas en la cabeza y abanico Watteau.

Pasemos á los trajes de playa.

El primero es de foulard bordado de trencilla encarnada, con falda formando delantal muy ancho. Una chaquetilla «Señorita» bordada de lo mismo indica el pecho, y solo baja por los lados y por detrás á la altura del talle. Sobre esta chaquetilla flota un camisolín de muselina ó de batista. Sombrero emperatriz de paja blanca con alas abarquilladas. Al rededor del casco barba de encaje negro, que despues de sostener en lo alto un adorno de rosas y amapolas cae flotante por detrás.

El otro vestido es de piqué blanco con una gran casaca ribeteada de terciopelo violeta, así como el bajo de la falda. El sombrero de forma Tudor lleva adorno de terciopelo violeta con una larga pluma blanca que se desarrolla en espiral.

Terminemos con nuestro figurin que representa trajes propios de la estación.

El primero es de muselina blanca con un gran volante plegado que describe una segunda falda, y coronado con un rizado por el cual pasa una cinta malva. Cuerpo escotado con esclavina cuadrada guarnecida con un volante rizado. Mangas de dos volantes. Guantes paja. Sombrero Luis XIV de paja de Italia recogido por los lados, con una pluma blanca. Albornoz de cachemira color de violeta con galon y borlas negros. Zapatos La Valliere de piel inglesa color de perla, bastante altos, con lazo y hebilla de acero.

El segundo traje es de tafetan azul con falda que remata en un gran sesgo de tafetan blanco con un rizado encima. Cuerpo alto y cerrado que se abre en la cintura en dos puntas con chaquetilla «Señorita» adornada como la falda con un sesgo de tafetan blanco. Sombrero de tul blanco bordado adornado de no me olvides y margaritas blancas. Sombrilla blanca de moaré antiguo con fleco. Botitas de cabritilla azul como el vestido respunteadas de blanco, con borde de piel blanca.

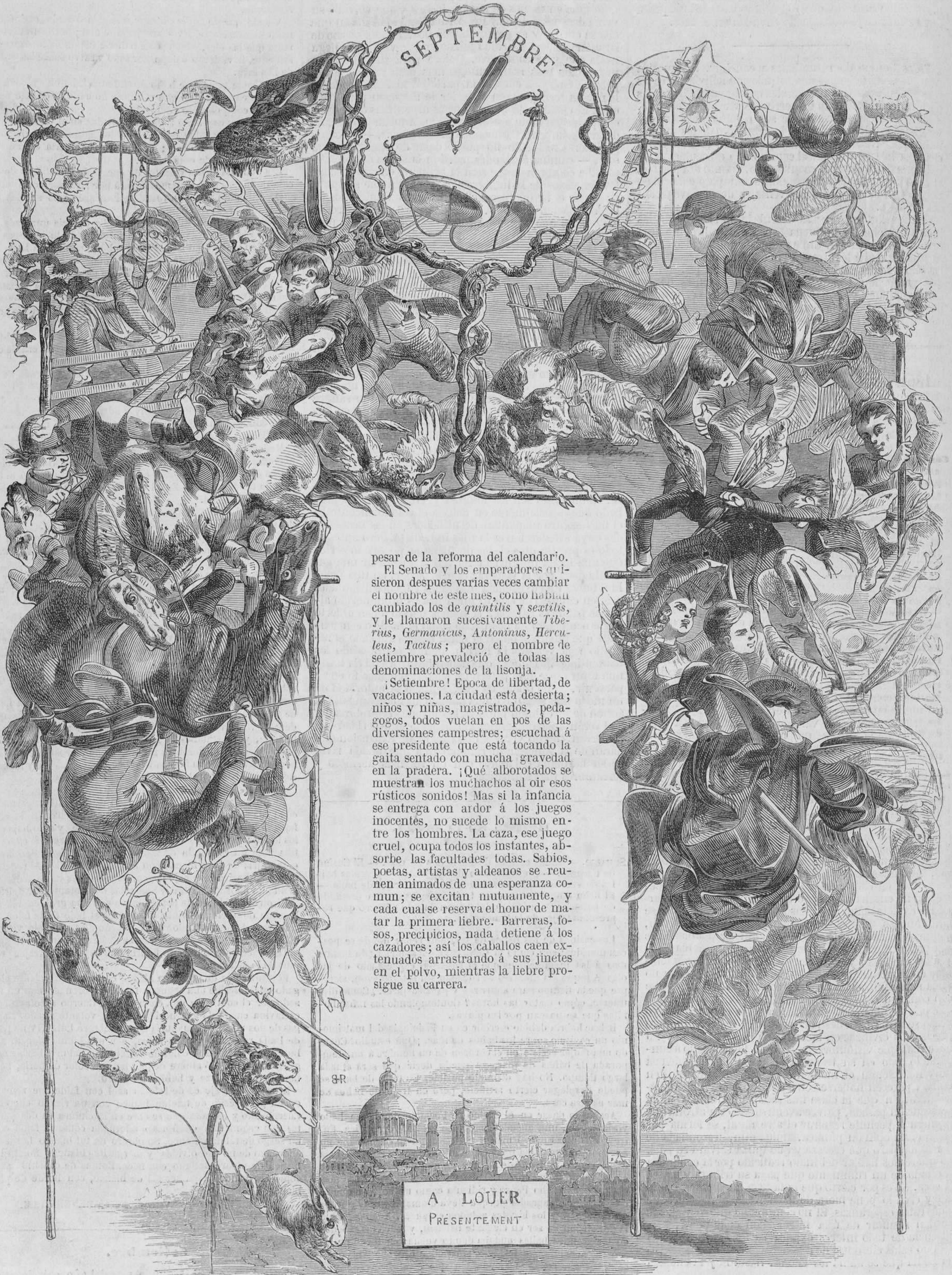
VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Setiembre.

Setiembre era el segundo mes del año egipcio y el tercero en el calendario ateniense. Rómulo le hizo el sétimo mes de los romanos y le dió el nombre numérico de setiembre, nombre que ha conservado despues, á

(1) Revista contemporánea de Paris, cuadernos del 15 y el 31 de agosto de 1853.

(2) Esta obra ha sido escrita en 1855 mientras la guerra de Crimea.



pesar de la reforma del calendario. El Senado y los emperadores quisieron despues varias veces cambiar el nombre de este mes, como habian cambiado los de *quintilis* y *sextilis*, y le llamaron sucesivamente *Tiberius*, *Germanicus*, *Antoninus*, *Herculeus*, *Tacitus*; pero el nombre de setiembre prevaleció de todas las denominaciones de la lisonja.

¡Setiembre! Epoca de libertad, de vacaciones. La ciudad está desierta; niños y niñas, magistrados, pedagogos, todos vuelan en pos de las diversiones campestres; escuchad á ese presidente que está tocando la gaita sentado con mucha gravedad en la pradera. ¡Qué alborotados se muestran los muchachos al oír esos rústicos sonidos! Mas si la infancia se entrega con ardor á los juegos inocentes, no sucede lo mismo entre los hombres. La caza, ese juego cruel, ocupa todos los instantes, absorbe las facultades todas. Sabios, poetas, artistas y aldeanos se reunen animados de una esperanza comun; se excitan mutuamente, y cada cual se reserva el honor de matar la primera liebre. Barreras, fosos, precipicios, nada detiene a los cazadores; así los caballos caen extenuados arrastrando á sus jinetes en el polvo, mientras la liebre prosigue su carrera.

A LOUER
PRESENTEMENT